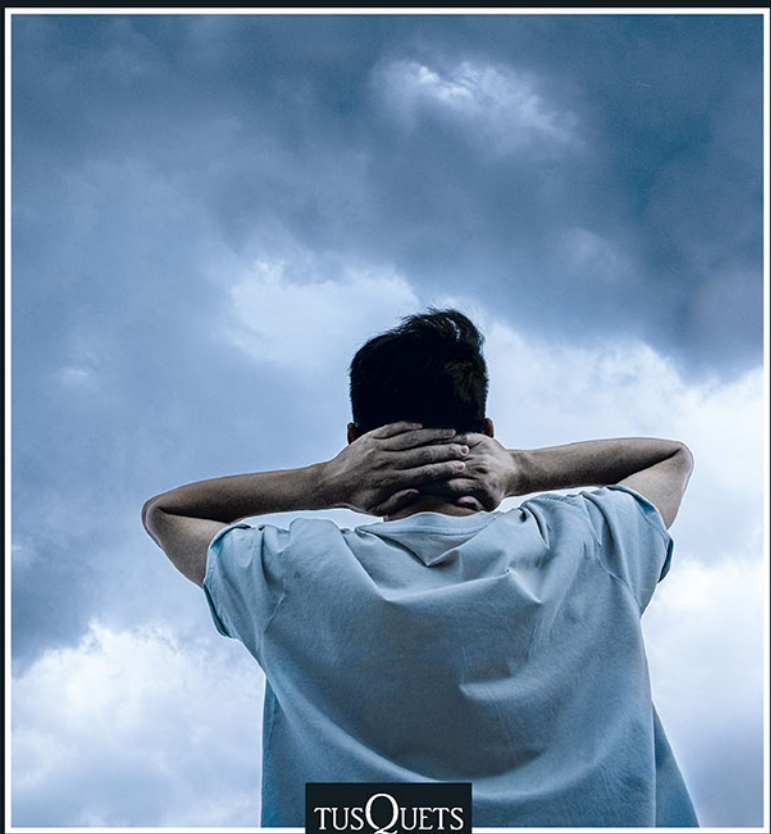
Edgardo Cozarinsky

CIELO SUCIO

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Lema
El viajero...
1
- Había estacionado...
- Dos días después...
- A mi hija no...
- Hay noches...
- Para empezar...
- Un chico...
- Horas más tarde...
- Mariana volvió...

2
- El cielo...
- Pocos días...
- Años más tarde...
- Lleve siempre...
- El anciano...
- Así que...
- Ángel se miraba...
- De noche...
- En una de sus errancias...

3
- Alejandro le daba vueltas...
- El sobre...
- Su hija...
- Alejandro había tardado...

Mi abuela siempre decía...
De niño...
Alejandro llamó...
Comparaba los distintos...
Con Ángel...
En Buenos Aires...
Con admirable exactitud...
4
La abuela...
Mariana se despertó...
Vivimos todos...
Créditos

Sinopsis

Tres personajes se dan cita en un Buenos Aires perturbador. El verano y la humedad azuzan la violencia en la ciudad, una tormenta que amenaza pero que nunca acaba de desatarse. Alejandro, un escritor ya en la madurez y desencantado, estampa su automóvil contra un preso. Y este acto violento, aunque de alguna extraña manera *natural*, pone en marcha un mecanismo secreto que lo conecta con Ángel, practicante de un culto ancestral. Ángel viene del norte para ocupar un cargo en la policía metropolitana, y descubre que no se trataba del puesto que había imaginado, pero se siente poseedor de cierta sabiduría heredada de su abuela, unas creencias que le permiten oír el lamento de los muertos. Y este círculo lo concluye la llegada de Mariana, hija de Alejandro, que se verá involucrada en una de las cacerías de su padre. Cozarinsky nos lleva de la mano por una ciudad que se aproxima al apocalipsis, un mundo entre real y fantástico, que toma el pulso con brillantez a la deriva de la sociedad occidental de los últimos años.

Cielo sucio

Edgardo Cozarinsky

TUSQUETS EDITORES

Un cielo tan sucio sólo se limpia
con una tormenta.

SHAKESPEARE, *King John*,
acto 4, escena 2
(epígrafe de *Nostromo*,
de JOSEPH CONRAD)

El viajero que avanza por las alturas del noroeste de la Argentina, digamos en la provincia de Jujuy, entre Purmamarca y Salinas Grandes, encontrará al borde del camino montículos cónicos de piedras. Ninguna argamasa las une, sólo la paciencia de quienes han recogido alguna piedra de las que abundan dispersas en el paisaje, y decidieron darle un sentido, sumándola al monumento. Tal vez iniciar un nuevo monumento, sumar otras piedras para formar una base, sugerir lo que deberá ser un montículo.

Son piedras sin ninguna particularidad. De distinto tamaño, las más grandes sustentando las más pequeñas, en innumerables matices de gris. O, poco frecuentes, si han escapado a la atención de curiosos, más bien a la avidez de quienes comercian recuerdos para turistas, en los colores que el subsuelo mineral ha impreso. Óxido de cobre, calcio, azufre, arcillas rojas, manganeso. Ochenta millones de años algunas, seiscientos millones otras. Ninguna de estas informaciones ocupa la atención del viajero.

Ha leído que en su origen estos montículos fueron puestos de vigía en las curvas de un camino serpenteante. También que midieron distancias, demarcaron territorios. Más interesante le pareció que en esos puntos el viajero de otros tiempos sintiera necesidad de detenerse, de invocar en ese sitio la protección de la Madre Tierra o de los dioses de la montaña y dejar una modesta ofrenda. Él no lleva consigo una botella de chicha que pueda clavar en la tierra. Tiene, en cambio, bajo la mejilla izquierda, el acullico, el envoltorio de hojas de coca que ha ido destilando su jugo y le permite no sofocarse pasados los cuatro mil metros de altura. Lo saca, ya casi seco, y lo introduce entre dos piedras del montículo.

La verdad, se dice, es que yo no lo necesito. Nunca sufrí la falta de oxígeno. Al contrario, el aire purísimo me limpia la

mirada, la cabeza, los sentimientos. No hace mucho estuve en alturas mayores con compañeros jóvenes que se detenían cada tres pasos para respirar hondo mientras yo seguía caminando. Debe ser una particularidad de mi metabolismo, acaso un defecto...

Se decía estas y otras cosas mientras contiene el impulso de tomar en la mano una de las piedras superpuestas, buscar que le transmita una fuerza que viene de lejos y guarda algún poder sin nombre. Pero sabe que sería un sacrilegio. No lo ha leído pero lo intuye, cualquiera que sea el sentido del montículo.

Prefiere creer que se trata de una ofrenda y no de un túmulo funerario. Nadie murió allí. Nadie fue enterrado allí.

Se queda inmóvil un rato, respirando con fruición.

De pronto siente un escalofrío. Recuerda que pocos días más tarde deberá volver a la ciudad, a Buenos Aires.

Entonces leerá que a esos montículos los llaman apachetas.

1

Había estacionado junto a la vereda menos iluminada de Amancio Alcorta. Apagó el motor. No estaba impaciente, sabía que el hombre no iba a aparecer antes de las dos.

Lo había leído. Desde el día en que lo habían puesto en libertad, la semana anterior, iba todas las noches a tomar unas cervezas en un bar de la avenida Sáenz que cerraba a las dos. Lo imaginaba caminando despacio, respirando hondo el aire libre a pesar del calor de la noche de enero, antes de cruzar la avenida y volver a la villa por Iriarte. Tal vez fuera a sentarse un momento en uno de los bancos de cemento que bordeaban los canteros centrales en esas cuadras de Amancio Alcorta. (No pudo evitar la sonrisa al recordar que la pretensión urbanística los había denominado bulevar.) Habían sido verdes; ahora, descuidados, castigados por el sol sin alivio del verano, se los veía amarillos, secos. Unas cuadras más arriba, pensó, el pasto sintético de la cancha de Huracán sin duda lucía siempre lozano.

Había descubierto por casualidad un sitio de internet equivalente de lo que en su juventud habían sido diarios como *Crónica,* y por curiosidad morbosa había entrado en él. Allí encontró los perfiles de unos pocos elegidos entre los miles que habían sido liberados en la provincia para aliviar el hacinamiento carcelario. Leyó la crónica de los primeros días de libertad recuperada: en las entrevistas, la mayoría se mostraban evasivos, poco locuaces ante el periodista demasiado amistoso que los abordaba, unos pocos cediendo a la invitación del desconocido que pagaba las cervezas.

El hombre que esperaba era uno de estos.

Lo reconoció en la silueta tambaleante que avanzaba por la vereda. Parecía de buen humor. Silbaba bajito.

Puso el motor en marcha, casi silencioso, sin avanzar. Cuando el hombre ya estaba cerca, bordeando el paredón de una fábrica clausurada, se lanzó hacia él a la velocidad máxima. En los segundos antes del impacto vio la expresión atónita más que asustada e inmediatamente el cuerpo aplastado, desarticulado, brazos sorprendidos en un ademán de cubrirse que no llegó a ser, cabeza que parecía caer sobre el pecho, boca abierta en un grito mudo, ojos muy abiertos que parecían interrogar. Y luego el cuerpo se deslizó fuera de su vista. Retrocedió unos metros y de nuevo avanzó, ya sin la misma velocidad. El automóvil se sacudió al pasar sobre el bulto inerte y rozó el paredón. Le pareció oír un crujido.

Se había levantado viento y oscilaban las lámparas colgantes entre los árboles de la avenida. Al alejarse no miró hacia atrás. Dobló en la primera calle en dirección a Parque Patricios y se detuvo a los pocos metros. Estaba al borde de una plazoleta apenas iluminada que, se enteraba en ese momento, habían bautizado Don Orione. Bajó para estudiar el paragolpes, los guardabarros. Dos abolladuras, una raspadura. Algo que parecía un trozo de tela se desprendió del paragolpes.

—No se preocupe. Nada serio.

No se dio vuelta inmediatamente. Por un instante creyó que había imaginado oír esas palabras. Cuando juntó coraje para mirar por encima de su hombro descubrió a un hombre joven a pocos metros de distancia. Facciones como talladas en una cara terrosa. Le sonreía. Parecía divertido por el relámpago de miedo que vio cruzar en la mirada del automovilista.

—Vaya ahora mismo al garaje de la calle Brandsen, a media cuadra de Necochea. De parte del suboficial Valdés. No hacen preguntas ni abusan con el pago. Además de la chapa, pídales que revisen los neumáticos. Puede haber huellas de sangre.

Sólo entonces registró el uniforme de la Policía Metropolitana. Llevó una mano al bolsillo pero no había llegado a sacar dinero cuando el suboficial lo detuvo con un gesto.

—No, por favor. Usted hizo lo que yo tengo ganas de hacer y no me atrevo.

Esas palabras, inesperadas, incongruentes, turbaron al

automovilista. El estupor desplazó a la inseguridad: su gesto podía haber sido entendido como intento de soborno. Quiso disculparse, buscó la mirada del policía pero no lo encontró. No lo había visto alejarse.

La plazoleta dormida, el rumor de los follajes inquietos en el viento... Se preguntó si no había alucinado. Sólo ahora se daba cuenta de lo agitada que estaba su propia respiración.

Se quedó de pie, inmóvil, un largo momento antes de volver al volante y dirigirse a la calle Brandsen.

Dos días después recibió un mensaje escrito.

No llegó por correo. Lo habían deslizado en el buzón del edificio en ausencia del encargado. En el sobre, sin duda con intención respetuosa, la palabra «Doctor», que no correspondía a título alguno, precedía su nombre.

Aun antes de leer los renglones que llenaban la página, se preguntó cuánto hacía que no recibía una carta. Mensajes de mail, de WhatsApp, para los diferentes grados de la comunicación personal; hasta las facturas de gas y electricidad ya llegaban por internet.

Se quedó mirando esa hoja de papel manuscrita. La sintió llegada de otro tiempo, de otra dimensión.

El remitente se presentaba como la persona que dos noches antes había tenido un gesto amistoso hacia el doctor. Pedía un encuentro para explicar cómo era que conocía la identidad del automovilista; prometía una información que podía serle útil y al mismo tiempo aseguraba no tener intención de «obtener provecho». Si el doctor le hacía el honor de aceptar, lo estaría esperando las próximas noches, entre las ocho y las nueve, en el bar de la esquina de Caseros y Luna. No había firma.

El vocabulario era esforzadamente formal. La letra, dibujada, la de una persona no habituada a escribir.

Pensó inmediatamente en algún tipo de trampa, en una celada. Pero todo era insólito: el episodio vivido, el encuentro nocturno en una plazoleta de Barracas, el comentario que nadie hubiese esperado de un uniformado... Supo muy pronto que, como tantas otras veces en su vida, la curiosidad iba a ser más fuerte que la prudencia.

No acudió, sin embargo, esa misma noche. Dejó pasar un día

y, con un esfuerzo de voluntad, otro. Finalmente acudió. No llevó consigo tarjetas de crédito y en el bolsillo una cantidad limitada de efectivo. Antes de entrar estudió el lugar por la ventana que daba a Caseros: un bar iluminado por vetustos tubos de neón, opacados por generaciones de moscas distraídas, que le daban cierta atmósfera turbia de acuario. El suboficial, pensó, debe haberlo elegido a distancia de la comisaría donde revistaba para evitar un encuentro casual con otros policías. Decidió grabar en su memoria, observándola desde la calle, la cara que en el primer encuentro había entrevisto a contraluz. Parecía más joven de lo que recordaba. Los mismos rasgos como tallados, la piel terrosa. Tucumano o salteño, pensó. Bebía una gaseosa, tal vez por estar de uniforme no se permitía una cerveza, y comía un sándwich.

Al ponerse de pie se pasó una mano por la boca, como disculpándose por estar masticando. Esperó a que su visitante se hubiese sentado para volver a sentarse. Un breve silencio le indicó que le correspondía ser el primero en hablar.

—Le pido disculpas, doctor, por haberle escrito. Un metido, habrá pensado.

Con una sonrisa y un gesto, el visitante le pidió que continuara, que no había de qué disculparse.

—Fui a buscar su nombre y dirección en el registro de la mesa de entradas de la seccional 23, en aquel entonces se les decía «seccional» a las comisarías. No se crea que siempre estuve afectado a la 34. Fue por un problema de disciplina que me trasladaron.

Vaciló, sintiendo sin duda que abordaba un tema delicado. La mirada atenta, el silencio del visitante lo autorizaron a seguir.

—Una noche, hará un año o más, usted llegó a la seccional, frente al Botánico. Iba a buscar a una mujer joven, muy linda, muy sensual. Los que estábamos de guardia quedamos impresionados. Había caído, junto a otras personas, en una redada en casa del *dealer* de la calle Serrano, un individuo que recibía a sus clientes como si fueran visitas: conversaban, tomaban mate o una gaseosa mientras esperaban el turno de la transa, que ocurría en la habitación de al lado. Entre los detenidos había una parejita joven

con un crío en brazos de la madre. En fin... cosas de la noche. La mujer que salió con usted estaba tan fuerte que mis compañeros comentaron, usted disculpe pero pienso que le hará gracia la expresión: «Hay que ser cheto para agenciarse un minón semejante...».

La sonrisa del visitante dejó paso a una risa breve.

—Bueno, doctor, quería decirle que si sigue viendo a esa amiga, no sé, no creo que sea su esposa, en todo caso no la deje que vaya a cualquier lado.

Le extendió al visitante una servilleta de papel donde había escrito algo.

—Dígale que no se meta en problemas, que para cuando necesite lo llame a este amigo. Es de confianza. Calidad y precio.

Bajando un poco la voz añadió:

—Es de los nuestros.

El visitante leyó en la servilleta un nombre de fantasía y un número de teléfono. Levantó la vista para agradecerle al suboficial, pero éste ya se había ido.

Se quedó pensando, sonriendo al recordar la admiración de los suboficiales de guardia ante la mujer que había ido a buscar. Había sido otra noche de verano, como esta.

No le había dicho a ese desconocido, que ya empezaba a considerar un amigo, que aquella mujer era su hija.

A mi hija no le va a servir de mucho este contacto, pensó; hace un año que vive en Barcelona.

Sin embargo, no tiró a la basura la servilleta que le había dado su inesperado ángel de la guarda; pensó en los jóvenes cuya compañía prefería a la de los colegas de su edad, ya encontraría a quién pasársela, a uno que la mereciera. ¿Y si se la mandase por correo a su hija? Así como él había recibido, por primera vez en mucho tiempo, una carta escrita en papel, ella se sorprendería al recibir esa servilleta de bar con un seudónimo evidente —Flor de Ceibo— y un número de teléfono garabateados. Tal vez se inquietase: un mensaje secreto, alguien forzándola a entrar en una conspiración. Esta hipótesis y sus variantes lo divertían, eran un lazo imaginario, irónico, no sentimental, con la ausente, la hija que, había terminado por admitirlo, ya no extrañaba.

Un buen día, Mariana tendría trece años, había decidido sin declararlo moderar gradualmente las manifestaciones de afecto. Ella advirtió de inmediato la iniciativa del padre y respondió con un corte tajante: dejó de buscar el contacto físico que desde la infancia había sido habitual, dormir pegada al padre en las noches de miedo, apoyar la cabeza en su hombro mientras veían televisión. En algún cumpleaños lo había presentado a sus compañeras del colegio como «mi novio». La hija se reía, el padre también; se dejaba incluir, divertido, en la comedia de la hija. Para el padre, la ausencia de una madre justificaba el apego fuerte. Cuando una amiga del padre se quedaba a dormir en el departamento, la hija cerraba la puerta de su cuarto y ponía música a todo volumen.

Recordaba el día del quiebre. Nada especial había anunciado el cambio y en pocos segundos él lo supo inevitable. Al volver del

colegio, ella lo abrazó y él sintió los pechos incipientes apretados contra su cuerpo. Con orgullo, los había visto crecer, tomar forma, comprobar que su hija iba haciéndose mujer. Ese día, por primera vez tuvo esos pechos contra su cuerpo. Ella no se desprendió del abrazo; en cambio, buscó el contacto con todo el cuerpo. Él sintió la reacción entre sus piernas y tuvo miedo porque ella también la sentía y la aceptaba. Fue apenas un instante, lo recordaba con precisión. Dio un paso atrás para separarse de ella (me eché atrás, pensó, en el sentido más propio de la expresión) y vio en los ojos de su hija una sonrisa casi desafiante. «Arrugaste», leyó en su mirada.

No hablaron del episodio, pero a partir de ese día ella se limitó a un beso en la mejilla al volver a casa, él a una breve caricia mientras admiraba la belleza que se iba definiendo. Poco más tarde, llegó la edad en que fue natural que ella ya no anunciara adónde iba cuando salía, quién la acompañaba, que no compartiera con él las nuevas experiencias que, el padre intuía, iban haciendo de ella ese «minón» que una medianoche de verano, años más tarde, iba a calentar a distancia a los suboficiales de guardia de una comisaría frente al Botánico.

Pocos meses antes de esa noche, Mariana había hablado del proyecto de abrir un bar en Barcelona en sociedad con un músico catalán que había conocido en Buenos Aires. Él sintió que flotaba en el aire el pedido de dinero. Había ganado un importante premio literario meses antes y prefirió entregarle a su hija esa suma; más escéptico que pesimista, previó que un nuevo bar en El Born, uno más, en manos de entusiastas sin experiencia, no tendría larga vida.

Se le ocurrió que tal vez estuviese comprando la ausencia de su hija. Un escritor, se sabe, no suele ser buen padre de familia, no sacrifica la soledad elegida, mezquina la compañía cuando los demás la necesitan. Su dádiva hubiese merecido la desaprobación, labios fruncidos, palabras agrias de parte de la madre, si no hubiese hecho «abandono del hogar» cuando la niña tenía tres años. Esa ausencia, se rio francamente, no le había costado un centavo.

Se preguntó también si al poner distancia con la hija no estaba alejando al mismo tiempo el recuerdo incómodo de aquel momento en que vaciló pocos segundos, nunca supo si por respeto al tabú o cediendo a la cobardía. Había estado esquivando la respuesta durante años sin lograr que la pregunta, gastada, terminase por borrarse.

Sí, le enviaría a Mariana la servilleta doblada como una información indescifrable. Tal vez le provocase un momento de perplejidad.

Hay noches de verano en Buenos Aires en que el calor acumulado durante el día, lejos de disiparse, parece desprenderse como un vaho sofocante de veredas y calzadas. Hay que esperar el momento antes del amanecer, cuando una brisa liviana limpia el aire denso de residuos urbanos. De dónde sopla nunca podrá saberse; parecería surgir de la profundidad de la noche, esa noche que dicen más oscura cuanto más cerca está de ceder paso al día. Muy pronto, en efecto, el cielo se irá aclarando, anuncio de que aquel alivio era efímero y el callejero insomne respira hondo antes de que el sol vuelva a gobernar.

Él sabe de insomnios. El sueño suele llegarle poco antes de que amanezca. Desdeña el aire acondicionado y esta noche se le ocurre subir a la azotea de la torre donde vive; a esa altura, espera, tal vez golpee menos el calor. Se sorprende al encontrar allí una reunión espontánea de vecinos que no se han dado cita. Quieren ver de lejos las llamas que desde hace días devoran las islas de Tigre y el delta del Paraná, una franja incandescente que rompe la oscuridad del horizonte. Esos espectadores, piensa, deben creerse a salvo del desastre, de esos otros incendios que están arrasando zonas fértiles del interior. La distancia, sin embargo, no les impide opinar y se entregan con entusiasmo al resentimiento político. Él no se suma a sus comentarios, se siente lejos de esa gente satisfecha de sus opiniones, de su parcela de seguridad. Y sin embargo, sabe que pueden asociarlo con ella: «signos exteriores de pertenencia». Recuerda el comentario que le transmitió el «ángel de la guarda»: hay que ser cheto...

Ha pasado la medianoche. Para distraer la vigilia intentará una aventura. Irá a buscar al desconocido que en dos ocasiones lo buscó a él. Recuerda la indicación «de parte del suboficial Valdés»

y el número de la comisaría, la 34, en el corazón de Nueva Pompeya.

—¿Viene a denunciar un robo?

El cabo que lo intercepta en la entrada emerge de su somnolencia cuando escucha el nombre de Valdés. Vacila un instante.

—Mejor hable con el oficial de guardia.

Tendrá que esperar unos minutos hasta que el oficial lo reciba. El arrullo monótono de un vetusto ventilador de techo está a punto de adormecerlo mejor que cualquier somnífero. Un suboficial, termo bajo el brazo, mate en mano, se asoma a la mesa de entradas y le echa un vistazo rápido, curioso.

El oficial lo recibe con una amabilidad de palabra que no disimula la desconfianza de la mirada.

—Cuénteme. Usted no es del barrio. ¿Qué lo trae por aquí?

Su mirada se hace filosa, inquisitiva, cuando escucha el nombre de Valdés.

—Aquí no hay ningún suboficial Valdés. Ni lo ha habido. Pero tal vez si me explica por qué lo busca podamos entendernos.

Él improvisa una anécdota que le suena poco verosímil a medida que va inventándola. Semanas atrás su auto pinchó un neumático cerca de Parque Patricios y un suboficial que pasaba por ahí y dijo llamarse Valdés, un sargento ayudante, cree recordar el uniforme, lo ayudó a colocar la rueda de auxilio temporal. En aquel momento sólo atinó a agradecerle. Ahora querría tener una atención con él.

El oficial no hace ningún comentario. Se queda mirándolo, silencio que dura y se hace incómodo. ¿Espera alguna precisión que no llega? Más bien parece calibrar al visitante, descifrar sus intenciones, si es que las tiene ocultas.

De pronto se pone de pie, sonríe y con un gesto lo invita a acompañarlo hasta la salida.

—Mire, amigo, permítame que lo llame así. Es muy tarde, hace mucho calor y me parece mejor que se vaya a descansar o a tomar una cerveza helada. Hay un bar todavía abierto a una cuadra de aquí. Pero mejor tómela por su barrio, seguro habrá

boliches más simpáticos.

Un momento más tarde, solo en la calle, no sube al auto que había estacionado prudentemente ante la puerta de la comisaría. El cabo de guardia que lo interrogó al llegar ahora le sonríe y a él le parece detectar un dejo irónico en su mirada. Trata de entender la situación en que buscó meterse, se le escapa su sentido, renuncia y decide alejarse de ese barrio donde no puede sino perder pie.

No ha hecho más de trescientos metros cuando se detiene ante un semáforo en rojo. Unos golpes suaves, con los nudillos, en el vidrio de la ventanilla trasera. Reconoce en el retrovisor a la persona que ha ido a buscar.

—Buenas noches, doctor. ¿Tiene un momento como para hablar conmigo?

—Para empezar, olvidate de ese «doctor». No soy doctor en nada. Me llamo Alejandro y podés decirme Ale si querés.

—Yo me llamo Ángel.

Alejandro tuvo un breve sobresalto. Su «ángel de la guarda»... Miró al desconocido como si lo estuviese viendo por primera vez. Ángel no pareció advertir ese desconcierto, sonreía porque empezaba a contar algo que le resultaba gracioso.

—No puedo dejar de reírme, usted disculpe, si pienso en la reacción que habrá provocado en la comisaría cuando preguntó por el suboficial Valdés. «De parte del suboficial Valdés» es una contraseña. Se la di para el garaje de la calle Brandsen, para que no le hicieran preguntas. Para que supieran que iba de parte nuestra. También la usan algunos *dealers* cuando van a la villa a buscar menudeo, dan a entender que van de parte de gente con la que es mejor no hacerse el vivo. Me pregunto qué habrán pensado en la comisaría al verlo tan educado, un señor de su edad y bien vestido. No, no pueden haber pensado que era un provocador enviado de arriba para ponerlos a prueba. Más bien lo habrán tomado por un desubicado que pescó la frase vaya a saber dónde y creyó que podía comprar nada menos que en una comisaría. ¿No me contó que el oficial de guardia le dijo que si le explicaba para qué buscaba al «suboficial Valdés» tal vez llegaran a entenderse?

Ahora se reía francamente.

Alejandro también se rio. Sentía que no era el momento de preguntar lo que le interesaba, si Ángel era realmente policía, y si no lo era, cómo se había procurado el uniforme, y cómo se atrevía a usarlo. Sobre todo, de dónde había aparecido y cómo había desaparecido en medio de la noche. El porqué de su ayuda. Esas y otras preguntas, decidió, quedarían para más tarde, con suerte

antes de que amaneciera. Faltaba dar unos pasos más para entrar en esa confianza.

Estacionó casi en la esquina de Defensa y Brasil. La medianoche había quedado atrás, era más de la una. En una época, recordaba, el bar Británico estaba abierto toda la noche y los clientes se renovaban según pasaban las horas, había un elenco al final de la tarde, otro en la madrugada, sin duda debía haber uno para la mañana temprano; estaban también las aves nocturnas sin horario, podían pasar horas inmóviles, en silencio, como esperando algo que, sabían, no iba a llegar. Hacían durar el vaso de fernet.

Hacía tiempo que no pisaba el Británico, lo eligió por el horario. Cuando anunció adónde irían, Ángel confesó que nunca había estado en San Telmo. Ahora, antes de entrar, Alejandro lo vio detenerse a observar la vereda de enfrente, el follaje denso, quieto, que ninguna brisa animaba. Una iluminación intermitente lo cargaba de misterio, focos escondidos entre los árboles, la mirada no podía ubicar dónde. Desde una milonga para turistas, como de un pasado invicto, llegaban los acordes sincopados de D'Arienzo.

—El parque Lezama. —Alejandro no pudo contener el impulso pedagógico.

En esa esquina de la calle Defensa, al borde del parque, la iluminación se concentraba en una oscura figura de bronce que clavaba una espada en tierra; a sus espaldas, en un bajorrelieve esculpido sobre un muro de mármol claro, una silueta alzaba sus brazos al cielo.

—¿Y ese monumento?

—Pedro de Mendoza, primer fundador de Buenos Aires. Algo salió mal. Los nativos incendiaron el fuerte y, según la leyenda, algunos de los españoles les sirvieron de alimento. La figura que parece implorar representa a un indígena, no se entiende si pidiendo perdón o rogando a sus dioses que los dejen en paz, que no vengan más conquistadores. Hubo que esperar casi cuarenta años antes de que se animaran a una segunda fundación, la de Garay. A partir de allí, lo que conocemos...

Ángel lo escuchaba en silencio.

—Usted es un hombre muy leído.

—Pero vos, estoy seguro, sabés muchas cosas que no están en los libros. Cosas de tu tierra. ¿Qué te contaban cuando eras chico? Tu abuela debía saber mucho.

No tuvo respuesta, asentimiento sin una palabra. Alejandro entendió que no debía insistir.

Ángel había dejado en el auto la chaqueta del uniforme, se lo veía muy juvenil en mangas de camisa. El pantalón, a primera vista, no delataba el uniforme y se animó a pedir una cerveza. Empezaban a ralear los habitués del Británico. Ángel estudiaba, disimulando la curiosidad, el lugar y las inertes figuras que parecían parte del decorado. Unos pocos hombres, una sola mujer.

Alejando decidió romper el silencio.

—¿Por qué me ayudaste la primera vez?

—Se lo dije. Usted se atrevió a hacer lo que yo hubiese querido hacer y no me atrevía.

—¿Sabías quién era ese hombre?

—Lo sabía tanto como usted.

Se miraron a los ojos. Volvió el silencio, ahora cargado con el peso de lo no dicho. Un instante más tarde sonrieron, los dos. Tal vez se les haya ocurrido que era una situación de western: dos hombres frente a frente, a ver quién desenfunda primero. Pero en vez de armas tenían una historia, la misma.

Un chico de unos diez años, remera de una universidad norteamericana, zapatillas gastadas, llamó la atención del encargado desde la calle, sin entrar. El hombre asintió y desapareció en la cocina. Instantes más tarde reapareció con un paquete, donde no era difícil imaginar los restos del día que no sobrevivirían hasta el día siguiente. Los amigos sonrieron: el bar, como otros, y algunos restaurantes también, practicaba esa forma poco costosa de solidaridad ante la crisis ya endémica.

Ángel y Alejandro siguieron con la mirada al chico. Cruzó la calle para reunirse con su familia, instalada para el resto de la noche al pie del monumento que recordaba al incauto fundador de la ciudad. Los vieron improvisar un pícnic.

Callaban la historia compartida, sórdida y banal. Como si les produjera asco. La conversación había empezado tomando otro rumbo. Más tarde se infiltraría sin que la llamasen.

Ángel, la mirada perdida en otro paisaje y otro tiempo, sintió necesidad de hablar.

—A mí me crio la abuela. Mi padre, me contaron, manejaba un camión, cruzaba dos veces por semana el Paso de Jama yendo y viniendo de Chile. Un buen día decidió quedarse del otro lado, hay quienes lo vieron en Antofagasta. El camión no era de él, él lo trabajaba de peón, debe haberlo vendido en Chile, será por eso que no dio señales de vida. Mi madre esperó sin noticias un año largo, después me confió a la abuela y se fue a la ciudad. De vez en cuando mandaba un giro.

Alejandro lo escuchaba. No se le ocurría interrumpir. Le confiaban algo valioso, y debía protegerlo con su silencio.

—La abuela me llevaba a la escuela. A pie, dos horas caminando. Tres veces por semana. Y me esperaba. Llevaba una

bolsa para juntar plantas, una bolsa de arpillera para que las plantas pudiesen respirar. Juntaba tola, yareta, natre. Seguro que usted nunca oyó esos nombres. Plantas medicinales. Venían de lejos a consultarla, ella los escuchaba y les decía cuál servía para su dolencia.

Sólo cuando Ángel hizo una pausa que pareció anunciar el fin de su relato, Alejandro se atrevió a hablar.

—¿Te enseñó todo eso?

—No. Para nada. La abuela era muy celosa de su saber. A mí me enseñó otras cosas. Lo que un hombre necesita para protegerse.

Alejandro reconoció la nueva pausa, definitiva, en la mirada de Ángel. Unas horas antes ya lo había visto ponerse serio y guardar silencio cuando le preguntó qué había aprendido de la abuela.

Ángel sintió la necesidad de justificar ese silencio.

—Cosas de las que no se habla.

Alejandro hubiese querido responder con una confidencia a la confianza que le regalaban, pero no se le ocurría qué decir. Una vez más, el silencio le pareció más rico que cualquier relato.

Sacó del bolsillo una página de diario, reciente pero ya gastada en los dobleces. Había sido leída más de una vez, doblada con cuidado y guardada. La puso sobre la mesa. Ángel sintió inmediatamente el peso de lo no dicho y tardó en abrirla. Rozó con la mirada el titular. «Liberan al culpable de violar reiteradamente al hijo de cuatro años de edad de su compañera, provocándole la muerte». Sabía de qué hablaba, tal vez lo había leído en otro diario, o lo había oído comentar cuando decretaron las excarcelaciones masivas. Volvió a plegar la hoja con la punta de los dedos, como si pudiera ensuciarlo.

Con un gesto hacia la barra Alejandro indicó que renovaran las bebidas, la cerveza de Ángel, su ginebra. Había visto en los estantes los viejos envases de barro, altos y delgados, fieles al original holandés de la ginebra Bols. No le interesaba particularmente la bebida pero, reflejo literario, lo tentó beber algo en vías de extinción.

Por las ventanas vieron que un leve movimiento se insinuaba

en las copas de los árboles del parque, hasta ese momento quietas. Puntual, una brisa anunciaba la madrugada de verano. El cielo ya empezaba a palidecer. En la vereda de Defensa los últimos milongueros se alejaban a desgano del templo de su culto.

Alejandro le propuso a Ángel acercarlo a su barrio. Dio por sentado que no le daría una dirección exacta.

—Le agradezco, pero tengo ganas de dar una vuelta por este parque. No creo que vaya a volver por aquí.

Había recuperado la chaqueta del uniforme y se diría que al ponérsela se borraba algo de la espontaneidad que había mostrado ante Alejandro. Tenía la mirada absorta en los follajes que se mecían perezosamente, parecía atento a su rumor, escuchar algo que Alejandro no podía oír.

—¿Cuándo plantaron estos árboles?

—No tengo idea. Supongo que a mediados o a fines del XIX.

Ángel permanecía inmóvil, callado.

—Debajo de sus raíces hay mucho dolor. Sufrimiento sin nombre ni cara, pero muy fuerte.

Alejandro lo escuchaba con respeto, reprimía las ganas de interrumpir con una pregunta.

—Créame. A esta hora hablan los muertos.

Se alejó entre los árboles que despertaban en la brisa.

Alejandro lo siguió con la mirada hasta perderlo de vista. Permaneció cabizbajo un momento antes de cruzar la calle y volver al Británico, como si buscara en la repetición de los gestos cotidianos un ancla para no naufragar en una realidad que asusta.

Un hombre de saco y corbata entró al bar y pidió un café con leche y medialunas. Fue una señal. Un temblor silencioso agitó a los parroquianos de la noche, se alzaron con cautela, poco confiados en la solidez de piernas que habían estado inmóviles durante horas. La única mujer no los siguió. Su reacción fue refrescarse el maquillaje.

Horas más tarde, poco confiado en internet, Alejandro invitaba a almorzar a un amigo, historiador de la ciudad que podría responder a sus preguntas. Hacía tiempo que no lo veía y se habían acostumbrado, los dos, a recurrir al otro cuando necesitaban alguna orientación en el saber del amigo. No se ofendían por lo utilitario de estos contactos ocasionales, décadas de complicidad habían hecho firme la amistad.

—La mayoría de esos árboles los plantó José Gregorio Lezama, que tenía vocación por la horticultura. Algunos tal vez subsistan de la vieja propiedad, mucho menos grande que el parque actual; había sido de un comerciante inglés, forzado a exiliarse en Montevideo durante Rosas. Lezama le compró el terreno, lo amplió, remozó la mansión que hoy es el Museo Histórico. Pero sobre todo plantó árboles, su pasión.

Alejandro escuchaba estas informaciones con atención y un poco de impaciencia. No sabía cómo avanzar sin referir lo escuchado la noche anterior. Las palabras de Ángel lo habían acompañado en el insomnio. Intentó un subterfugio. Siempre la ficción, su territorio.

—Lo que me interesa saber es si antes sucedió allí algún episodio dramático, novelesco...

El amigo sonrió. Entendía que algo no dicho era el motivo del encuentro y jugaba con la espera, no quería hacerle demasiado fácil la consulta a Alejandro.

—Depende de lo que llamés episodio...

Dejó flotar la pausa, esperando que la movida siguiente de Alejandro revelara qué era lo que buscaba. Cuando habló lo hizo lentamente, como para que cada palabra se imprimiera en la curiosidad del amigo.

—Lo que hoy es el parque Lezama era la sede de la Real Compañía de Filipinas, un depósito de africanos, un enorme corral donde los guardaban a la espera del remate. Los remates de esclavos se celebraban en la calle Defensa.

—Las Filipinas... Una compañía española...

—Fue la heredera de otras. Puedo contarte... La primera fue portuguesa, la Real Compañía de Guinea; a fines del XVII había recibido de la Corona española la exclusividad del comercio de esclavos en el Río de la Plata.

Hizo una pausa. Pareció hurgar en su memoria.

—No recuerdo las fechas exactas, puedo equivocarme, pero creo que en el siglo XVIII ese derecho lo compró una firma inglesa, la South Sea Company. De lo que estoy seguro es que lo iba a recuperar más tarde la llamada Compañía Gaditana, que pasó a ser la Real Compañía de Filipinas.

Alejandro se había quedado sin preguntas. El amigo buscó demostrar que no había evocado algo excepcional.

—No ignorás, supongo, que todas las familias, pronunciemos la palabra, «patricias» tenían esclavos de servicio. Nada que ver con la Confederación, con el sur de los estados aún no unidos, en el otro extremo del continente... Aquí no eran mano de obra rural, no había plantaciones de algodón ni de caña de azúcar, qué querés en esta ciudad de barro y contrabando.

Alejandro no parecía del todo satisfecho. El amigo lo entendió.

—No creas que era el único mercado de la ciudad. Estaba el de la Aduana Vieja, esquina de Belgrano y Balcarce, en la quinta de los Basavilbaso. Y el de Retiro, en lo que hoy es plaza San Martín. Pensá que la ciudad aún no le había ganado tierra al río: esa aduana y la plaza estaban en las orillas.

La sobremesa se había prolongado. El historiador sentía cumplida su misión y decidió terminar. Le correspondía a Alejandro pagar la cuenta; él clausuró la consulta regalándole algunas pistas útiles.

—Si el tema te interesa, hay mucha bibliografía. George Reid Andrews, que consultó los archivos ingleses, y entre los nuestros

tenés para elegir, desde un conservador como Bonifacio del Carril hasta universitarios de izquierda.

A Alejandro le bastaba con las informaciones recién oídas, fechas, nombres que su memoria ya empezaba a confundir. Le quedaba firme, en cambio, el fantasma de una Buenos Aires escamoteada, silenciada. Le hubiese gustado decirle a Ángel que ahora sabía lo que había estado escuchando entre los árboles amanecidos del parque. Pero no tenía cómo comunicarse con él.

Mariana volvió con novedades. No se trataba sólo de los tatuajes que decoraban su brazo izquierdo y el cuello; al irse tenía sólo dos, en la parte anterior de la muñeca de ambas manos. No había logrado expulsar de su pasaporte el nombre Mariana, pero se hacía llamar Sibila por conocidos recientes y pretendía imponérselo al padre, poco dispuesto a acatar esas fantasías.

Sin exagerado pesimismo, Alejandro no había dudado de que en algún momento iba a recibir el pedido de envío de un pasaje de regreso. El bar del Born nunca había visto la luz, desavenencias con el músico que iba a ser su socio, cuentas mal hechas, y ella había decidido que le convenía a su salud mental un retiro en Ibiza. En algún momento había llegado a sus manos un libro norteamericano: *The Placenta Cookbook.* Fue una revelación.

—¿Te das cuenta, papá? En la mayoría de las especies de mamíferos, la madre come la placenta expulsada en el parto. La placenta conserva sus propiedades nutritivas e inmunitarias varios días después del parto.

Alejandro esperaba paciente el punto de llegada de esa exposición. En un primer encuentro después del regreso, no le interesaba aprender que la placenta es rica en hierro y hormonas, y que éstas neutralizan el trauma psicológico de la separación de la criatura recién nacida. No le sorprendió enterarse de que en California, territorio elegido de toda sabiduría New Age, ya fuera obligatorio entregarle a la madre la placenta, que antes se desechaba.

El de Mariana era otro proyecto dudoso: ya no el de abrir un bar en un barrio donde hay demasiados, sino el de un programa de televisión. Alejandro se distrajo de las poco apetitosas recetas posibles a base de placenta. Al rato ya no escuchaba a la hija.

Sonrió imaginando el estupor de la madre ausente si hubiera podido oírla exponer el resultado de estas investigaciones; por su parte, prefirió callar sus dudas sobre la recepción del proyecto. El país podía vivir sumiso al psicoanálisis pero Alejandro desconfiaba de que le interesase una exploración gastronómica no aprobada por los oráculos de la moda.

Miraba a su hija con curiosidad. Recordaba el afecto que había sentido por la niña que había sido. También él, sin duda, había tomado caminos imprevistos por sus padres; probablemente, de haber vivido, el adulto que resultó les habría inspirado palabras hoy relegadas a los diccionarios: botarate, tarambana, perdulario. Su padre no vivió para leer sus primeros libros; su madre los recibió con un comentario sensato: «No sé para quién escribís esas cosas». Tampoco él lo sabía.

Ahora, cargando con un veredicto médico poco optimista, había decidido darse algunos gustos. El cuerpo ya no lo acompañaba y no podía volver a «esos placeres que llaman, a la ligera, físicos», citando a una escritora francesa poco leída en la actualidad. Decidió más bien obedecer a una pulsión oscura, algo que hasta no hacía mucho relegaba a sus ficciones. Unas noches atrás, en la desolación de la avenida Amancio Alcorta, por primera vez la había liberado. No lo guiaba ningún espejismo de «hacer justicia por su propia mano», como algunos podrían leer en su gesto; descreía de toda ideología que prometiese un futuro mejor, una sociedad menos injusta.

Había obedecido a las ganas de matar a un objeto de odio elegido, meditado. Era una primera vez, sí, pero ya dudaba de que fuera a ser la única.

Entretenía con estas reflexiones un insomnio rebelde. Un trueno, un relámpago anunciaron la tormenta nocturna que iba a aliviar el calor del día siguiente. Pensó que la lluvia podría limpiar también sus pensamientos y salió al balcón para que lo empapase. Innumerables ventanas iluminadas perforaban la oscuridad. No era el único insomne en la ciudad.

Asoció una vez más casualidad y causalidad. Tal vez no fuera un azar que, una hora después de haber obedecido al deseo

postergado, apareciese un personaje que iba a desaparecer apenas cumplida su misión de ayuda. Iba a reaparecer, y los atisbos de infancia que había regalado no disipaban su misterio, eran la punta de un iceberg que Alejandro intuía sellado. Al principio había pensado en él, irónicamente, como su ángel de la guarda; más tarde iba a enterarse de que su nombre era Ángel. Todo en él le llegaba de un horizonte lejano, ajeno. El prestigio de haber hecho de niño dos horas a pie para llegar a una escuela aislada en la Puna. Iniciado en quién sabe qué saberes ocultos por una abuela, sin duda indígena. Sus silencios, más elocuentes que sus palabras. ¿Policía? A pesar del uniforme, Alejandro tenía sus dudas.

Pero no había sido una criatura de su imaginación, no. Existía el garaje de la calle Brandsen, donde lo habían atendido sin demora, en un silencio cómplice, al invocar al suboficial Valdés. Y antes de perderlo de vista la última vez que lo vio, alejándose en la primera luz del día entre los árboles del parque Lezama, había confesado que escuchaba el eco de un pasado que Alejandro ignoraba y al día siguiente confirmaría un profesor.

Estas idas y vueltas del pensamiento, sin certezas ni conclusión, fueron ganándole al insomnio. Finalmente llegó el sueño. Unas horas más tarde, el sol ya alto en el cielo, encontró un sobre que el portero había deslizado bajo la puerta del departamento. Reconoció la letra aplicada que había dibujado su nombre. No lo sorprendió la ausencia de remitente. Reprimió un primer impulso de levantarlo y abrirlo. Se sentía tironeado entre la curiosidad por leer el contenido y un vago temor, el de un peligro indefinido que pudiese esperarlo en ese mensaje.

En los días previos, varias veces se había preguntado si alguna vez volvería a ver a Ángel. No lamentaba no tener manera de comunicarse con él, entendía que en algún momento iba a aparecer. Pero sería, siempre, para ayudarlo, para rescatarlo de una situación equívoca, de un riesgo latente.

Decidió postergar el momento de abrir el sobre.

2

El cielo se acercaba cada vez más hasta que en un punto siempre diferente empezaba a alejarse más rápido de lo que se había estado acercando.

El niño retomaba ímpetu, renovaba el esfuerzo para llegar a tocar con los pies la rama más alta. Respiraba hondo, sentía cómo se le llenaban los pulmones de aire puro, seco. La hamaca estaba atada con sogas muy fuertes a una rama más baja, sólida, que podía resistir el balanceo constante. Sentado en la tabla angosta, aferrado a las sogas que ya estaban lastimándole las manos, cuidaba de mantenerse firme en el asiento; cuanto más alto llegaba, echado hacia atrás, el cielo llenándole los ojos, sentía el peligro de resbalar, de caer de espaldas y romperse la cabeza contra las raíces del árbol.

—Hoy llegué cuatro veces.

La abuela lo escuchaba sonriente, escéptica. No dudaba de la veracidad de la proeza pero no quería contradecir la fe ingenua del nieto. Ella no creía en las promesas del cura, que cada vez que el niño llegase a tocar la rama más alta estaría rescatando un alma del Purgatorio. No creía siquiera en el Purgatorio; creía en las almas, pero su relación con ellas pasaba por otros ritos.

Pocos días antes la habían llamado para despenar a un vecino.

El nieto la siguió, escondido entre las sombras de una noche temprana de agosto. Una mujer llorosa le había ido a pedir ese servicio. Habían hablado en voz tan baja que él no había podido descifrar el susurro a dos voces que le llegaba. La abuela, envuelta en un poncho negro que se confundía con la oscuridad, siguió a la enviada hasta la última casa del poblado.

Un grupo de plañideras esperaba ante la puerta; absortas en sus rezos y gemidos no prestaron atención al niño que se escurría entre ellas y se asomaba al interior. Vio a un anciano, boca abierta, respiración dificultosa, mirada desorbitada, echado en un jergón entre velas casi consumidas. La abuela lo dio vuelta con un movimiento diestro, rápido, descubrió la espalda huesuda y la palpó hasta encontrar el lugar que buscaba en la base del espinazo. Tomó aliento, alzó la mano con los dedos pegados y asestó un golpe seco, certero. El hombre jadeó brevemente antes de quedar sereno, ya despenado.

El grupo que esperaba ante la puerta renovó con fuerza sus plegarias y lamentos, ahora unidos a los gemidos de la familia que rodeaba al difunto. El chico alcanzó a ver que deslizaban algo en la mano de la abuela. Le bastó ver que ella se envolvía en el poncho para salir corriendo hasta su casa y fingirse dormido cuando llegó.

Días más tarde verá de lejos que lavan en el arroyo las ropas del muerto y las secan tendidas sobre la tierra antes de quemarlas. Al caballo también lo lavan, lo tusan y lo echan al campo abierto. Iba a recordar primero su incomprensión, más tarde la ternura con que al perro del difunto le dieron bien de comer antes de ahorcarlo y enterrarlo al lado del amo para que su alma le haga compañía.

Dudó entre preguntarle al maestro o al cura. Finalmente se decidió por el cura, pensó que de la muerte y del después sabría más. El maestro siempre le había parecido desconfiado cuando se tocaba algún tema ajeno a la vida práctica.

Le preguntó por las cartas, sobres que llevaban escrito el nombre de una persona. Estaban por bajar el ataúd a la tierra cuando algunas mujeres los deslizaron, rápidas, entre el cuerpo del muerto y la sábana que lo envolvía.

El cura sonrió.

—Son cartas para los seres queridos que ya no están. Les escriben para decirles que no los han olvidado. También para darles noticias de la familia, o enviarles saludos para alguien que se fue antes que ellos.

Ángel asintió sin mucha convicción.

—Te das cuenta de que es una superstición. Los que están del otro lado no necesitan leer para saber lo que piensan los que aún no llegaron. Pero tenemos que respetar esa forma de fe. Es de buen corazón, una fe inocente. No hay malicia en ella.

Horas más tarde Ángel repetía estas palabras a la abuela, que se rio. Una risa breve, seca, cortante.

—El cura tiene razón. Por una vez. Imaginate si los muertos van a andar abriendo sobres, leyendo el nombre del destinatario. Transmitiendo saludos.

Pero no clausuró el tema. Leyó en la mirada del nieto que esperaba algo más.

—Si uno quisiera hablar con los muertos, puede hacerlo sentándose bajo el lapacho, el que está en la subida de la cuesta. El de las flores color amarillo niebla. El de las flores rojas no escucha. Esperá sin distraerte, deseá con fuerza y te hablarán. Pero mejor no buscarlos. Si quisieran decirte algo, lo harán en tus sueños. Es su manera de hablarnos sin que los busquemos.

Ángel iba a pasar más de una vez frente al lapacho, evitando detenerse. No quería hablar con los muertos, no tenía muerto con quien hablar. Se le ocurrió una noche que tal vez su padre estuviese muerto, podía haber chocado el camión en un camino de

Chile, y su madre, que se había ido a la ciudad, qué ciudad nunca le dijeron, tal vez tampoco viviera. Pero no les deseaba mal, y pensó que si los llamara, sentado bajo el lapacho de las flores de ese color que para la abuela era amarillo niebla, estaría deseándoles la muerte.

Años más tarde, en la gran ciudad, tendría otros roces con la muerte. Diferentes, sórdidos.

Lejos quedarían las prácticas heredadas, que nadie se atrevería a cuestionar, la supervivencia tenaz de creencias marginadas, imposibles de abolir a pesar de los santos fastuosos de la Iglesia católica, sus martirios novelescos y las amenazas de castigo más allá de la vida. Menos cuestionadas aún por una educación desganada, que invocaba ideas de progreso, insípidas promesas de un bienestar insignificante en aquellas alturas.

Apenas llegado a la gran ciudad, en la estación terminal del ómnibus, donde había intentado dormir sin éxito durante más de veinticuatro horas, vio a familias durmiendo en los andenes. No eran viajeros postergados. Más tarde vería a otras familias, hombres y mujeres apretados a sus hijos, envueltos en hojas de diario y frazadas abandonadas, en veredas castigadas por los escapes ininterrumpidos de automóviles que no se detenían.

Un grupo de jóvenes, ropas y fantasías capilares que él había visto por primera vez horas antes en una revista olvidada en el micro, se detuvieron tambaleantes, risa espasmódica, ante un anciano dormido en un umbral. Olor a orina, vómito seco en la barba. Uno de los jóvenes corrió hacia una estación de servicio, volvió con un bidón de nafta y lo derramó sobre el hombre; otro del grupo le echó un fósforo encendido.

La llamarada fue inmediata, sucia, sin el perfume de yuyos secos que desprendían los ritos funerarios condenados por la Iglesia en su provincia.

—Lleve siempre un espejo en el bolsillo, niño. Un pedacito de espejo basta.

Con esas palabras lo despidió la abuela.

Le había contado del basilisco, esa especie de víbora con un solo ojo en la frente, redondo y sin párpado.

—Dicen que nace de los huevos pequeños y sin yema que ponen los gallos viejos.

Leyó asombro en los ojos del nieto.

—Así es. Con los años la naturaleza se desvía, a las viejas les sale bigote, a los viejos les crecen los pechos.

El nieto se rio, ya había observado lo que su abuela llamaba desvío.

—El basilisco se esconde en los recovecos de la casa y el que le vea el ojo redondo y sin párpado puede morir en el acto o quedar ciego.

A medida que el relato avanza, la atención del nieto se vuelve perplejidad, quiere entender por qué la abuela le cuenta esto.

—Para destruir al basilisco hay que hacerle ver su reflejo en un espejo. Se paraliza de espanto y cae hecho cenizas sin necesidad de fuego. Pero primero, niño, usted tendrá que convertir a su enemigo en basilisco.

Una interrogación muda en la mirada del nieto.

—Eso lo hará con la intensidad de su miedo, transformándolo en odio. La fuerza de su pensamiento es el arma con que va a hacer puntería. Mírelo fijo, sin dejarse distraer. No le hable. Y cuando sienta que el enemigo empieza a transformarse en basilisco, ahí, sin vacilar, le muestra el espejo.

La abuela hurga en un cajón donde sólo ella sabe qué hay, llaves herrumbradas, retazos de tela, una piedra rosada con vetas

amarillas, cabos de vela consumida. Finalmente encuentra lo que buscaba, un pequeño espejo redondo, pegado a un círculo de cuero. La faz está rayada, pero nada opaca el reflejo. Es la mitad de un instrumento de coquetería femenina, lo había olvidado una señora de la ciudad, una de tantas que buscaban remedio en las hierbas de la abuela.

Él lo recibe en silencio. No necesita más explicaciones. Entiende que esa será su arma.

—Recuerde, niño. Yo siempre voy a acudir si me llama cuando usted me necesite.

El anciano estaba inclinado sobre el huerto, arrancando las hierbas malas que amenazaban los cultivos, tomates, berenjenas, zapallitos. Sus movimientos eran precisos, seguros; solo al incorporarse reveló que la espalda seguía encorvada, ya no por su atención al terreno. No estaba agitado pero se le oía respirar con esfuerzo. Tenía la frente brillante de sudor.

Ángel esperaba en silencio que advirtiera su presencia. Cuando ocurrió, no hubo manifestación de sorpresa ni bienvenida. Como tantas personas de su edad, hablaba sin esperar diálogo.

—Igualito a tu padre. ¿Llegaste a conocerlo? Se llevó el camión a Chile y se quedó del otro lado, un sinvergüenza.

El comisario del pueblo le había dicho a Ángel que un tío podía ayudarlo, conseguirle trabajo. Vivía en el llano, en Fraile Pintado, del otro lado de las yungas. Lo había llamado para recomendarlo; el comisario le debía un favor a la abuela: con una infusión de sus yuyos había logrado expulsar unos cálculos renales.

Horas más tarde, mate y silencios, llegó la pregunta. Estaban sentados frente a frente, bajo el alero de la casa.

—¿Qué sabés hacer?

Ángel no tenía respuesta, sólo atinó a decir que le gustaría conocer Buenos Aires.

—Resultó ambicioso el pibe...

El comentario quedó flotando en el aire, sonrisa socarrona del anciano, silencio avergonzado de Ángel.

La casa era una sola habitación, modesta pero no estrecha. El baño estaba en el interior, la cocina también: todo era novedad para Ángel. Esa noche durmió en un catre que el tío le armó bajo el alero. Cuando se animó a preguntar si no iba a hacer frío, el anciano se limitó a recordarle que ya no estaba en las alturas; en el

llano, no había mucha diferencia de temperatura entre la noche y el día.

Sin embargo, a Ángel le costó dormirse. No estaba acostumbrado a respirar un aire húmedo, pegajoso; le faltaba el aire seco, tajante de la quebrada. Tampoco el cielo era límpido, no veía estrellas, lo empañaba una especie de vaho apenas luminoso. De lejos le llegaba la música de una bailanta.

A la mañana siguiente, decidió, iría a explorar ésta, la primera ciudad que visitaba.

Así que eso era una ciudad...

Edificios pesados, embanderados, sus nombres grabados altos en el frente, municipalidad, centro judicial, clínica médica... un almacén con cajones de gaseosas enlatadas y en la heladera rodajas de fiambre envasadas bajo hojas de plástico... vidrieras con ropas que él nunca había visto usar a nadie... pocos transeúntes, apurados, yendo quién sabe adónde... calles y esquinas en ángulo recto que le escondían el horizonte...

El tío le había aconsejado hacer un paseo a orillas del río Candelaria, pero Ángel no se atrevió a pedir que le indicasen cómo llegar. Cansado, aturdido por un paisaje urbano que le resultaba inhóspito, buscó refugio en una plaza, a la sombra mezquina de unos árboles castigados por el sol y el calor.

¿Sería así Buenos Aires? Mucho más grande, más gente, mucho ruido, automóviles y esos ómnibus chicos, pintados de colores, que llaman colectivos...

Abrumado por el calor y la humedad, se quedó dormido sobre un banco de la plaza. Lo despertó un ruido regular, cada vez más cercano, golpeteo de madera sobre las lajas que bordeaban la plaza. Abrió los ojos. Un hombre avanzaba con dificultad, una pierna más corta que la otra, ayudado por una muleta. Le marcaban la cara surcos profundos que no eran cicatrices. Al detenerse frente a Ángel se esforzó por sonreír. Sólo logró crispar sus facciones en una mueca.

Ángel sabía de la existencia de mendigos. Eran lo propio de las ciudades. En su pueblo la caridad no se pedía, un plato de comida y un jergón para la noche se ofrecían al caminante que pareciera necesitarlos. Pero este hombre no pedía ayuda.

—En una ciudad chica como esta un recién llegado se nota

enseguida. Vos estás parando en lo del viejo Flores.

—Es mi tío.

—Tu tío no. Tu tío abuelo, puede ser. Tendría unos pocos años más que vos cuando fue la noche del apagón.

Como siempre que no entendía algo, Ángel prefirió callar antes que preguntar.

Con un resoplido, el hombre se sentó a su lado. Esperó un comentario que no llegó.

—Viste qué linda casita tiene, modesta pero cómoda. Mejor que la de muchos jubilados en esta ciudad.

Hizo una pausa. No había logrado quebrar el silencio del joven y decidió avanzar con cautela.

—Se la regalaron los dueños del ingenio. En fin, no era regalo. La pusieron a su nombre, pago por «servicios prestados», como se dice.

Esta vez clavó la mirada en Ángel. Esperó en vano una reacción, una pregunta. Dejó pasar un largo momento antes de continuar.

—Claro, sos tan joven. La noche del apagón fue antes de que nacieras, mucho antes. Los jóvenes viven en el presente.

En algún momento se dio un suave golpe con la muleta en la pierna corta. Madera contra madera, sonó.

—Ya se había hecho noche cuando de golpe se apagaron todas las luces del pueblo. Digo pueblo porque hace cuarenta y tantos años los viejos aún llamaban Ledesma a Libertador. Los vecinos salieron a la puerta para ver si en algún lado había quedado luz. «¡Adentro! ¡Todos adentro!», se oyó la orden, repetida en distintas esquinas, grito en voz de milico. Patearon puertas sin pedir que abrieran, sacaron arrastrada a la gente que tenían en las listas, los subieron a las camionetas de la empresa y los llevaron al ingenio. Allí los amontonaron en un galpón y a la mañana las mismas camionetas los descargaron, encapuchados, maniatados, en Guerrero. A la noche siguiente, lo mismo. Siete noches del mes de julio, lo mismo. Nadie volvió a asomarse a la calle cuando se cortaba la luz.

El hombre ya no buscaba despertar una reacción en el joven

que lo escuchaba en silencio. Esa mañana, sentado en un banco de piedra en la plaza Central de Fraile Pintado, había vuelto a Ledesma, al ingenio y al campo de detención de Guerrero, a los años de penosa supervivencia, pendiente de las decisiones de una justicia escurridiza, siempre sumisa ante el poder del patrón local.

—Años más tarde, cuando se replegaron los uniformados y aparecieron jueces y fiscales y todos hablaban de derechos humanos, el suboficial Flores de la Policía Federal declaró que días antes de aquella primera noche de apagón había acompañado en su patrullero a un gerente del ingenio. Iba a reunirse con colegas en Tucumán, al día siguiente lo esperaban en el ingenio Bella Vista, y de allí fueron a la compañía Los Balcanes. Entre una cosa y otra, había pasado más de una semana antes de volver a Ledesma.

Después de una pausa agregó:

—No había estado en Ledesma, no había podido dar la orden del apagón ni supervisar la redada.

Volvió a dar un golpe suave con la muleta en la pierna corta. Madera contra madera, de nuevo.

—Cuatrocientos cincuenta secuestrados. Sobrevivimos cincuenta y uno.

Se incorporó apoyado sobre la muleta y, antes de alejarse, le dedicó una mirada a Ángel.

—Recordá algo: «Los muertos siempre vuelven, y las víctimas son los muertos más tenaces». No lo digo yo, lo leí en un libro de un escritor argentino.

Ángel se miraba en el espejo. El uniforme siempre le había quedado un poco grande. Los hombros llenaban bien la chaqueta, pero la cintura flotaba; sin duda había heredado el uniforme de un suboficial dócil a las empanadas y el vino. El pantalón demasiado largo lo había acortado en la comisaría una boliviana que dijo saber de aguja e hilo; quería quedar bien con los mismos policías que ya la habían arrestado varias veces por ejercer de mula, entrando por Villazón mercadería no declarada.

Nada de esto le importaba ahora que había llegado a Buenos Aires. No pudo guardar el uniforme de cabo de la Policía Federal, que le había hecho ilusión: lo tuvo que entregar junto con el arma reglamentaria al ser transferido a la flamante Metropolitana. Su tío había guardado amistades en la Federal, acaso complicidades de los tiempos en que revistaba en Ledesma; logró que Ángel fuese admitido como cabo a pesar de que reunía sólo aproximadamente las condiciones exigidas: tres años de enseñanza secundaria. Llegado el momento en que la Federal fue fusionada con otras policías, llegó también la oportunidad de conocer la lejana capital. Pidió ser transferido a la categoría inferior, la única, por otra parte, donde podía ser aceptado.

Al llegar a su nuevo destino, Ángel se enteró de que la Metropolitana ya no existía, reemplazada por la Policía de la Ciudad, donde revistaría como agente de prevención, un servicio civil. Como tal, le correspondía un uniforme sin historia, casi deportivo, ajeno al prestigio que a sus ojos tenía el de una fuerza armada. Esto le importó más que verse privado de arma. Antes de partir, había entregado la que nunca había usado en su provincia; ahora, en una distracción del conscripto a cargo de la intendencia, se había hecho con un uniforme de la Metropolitana abandonado

en un rincón. No lo llegaría a lucir, por lo menos legalmente. Se animaba, cada tanto, a vestirlo en algunas noches de exploración urbana. Era un disfraz. Recordó que el maestro de la escuela les había contado de un sultán que se vestía de mendigo para andar de noche por su ciudad y poder observar las costumbres de sus súbditos.

Dejaba atrás un servicio abandonado sin pena, con el pensamiento fijo en los esplendores imaginados de la capital. Llevaba en el bolsillo, sin embargo, un arma que aún no había necesitado: el pequeño espejo redondo, legado de su abuela. De noche, antes de dormir, lo limpiaba y lustraba con un trozo de franela, hurto final de su vida de cuartel.

Lo iba a usar por primera vez unos meses después de haberse enrolado como agente de prevención.

De noche, Ángel lo había entendido muy pronto, la ciudad era otra, y eran otras las personas que se movían por sus calles. Con curiosidad de recién llegado observaba todo, sospechaba, descubría misterios en el deterioro urbano; prudente, se abstenía de intervenir cuando la ocasión lo hubiese permitido. A orillas del parque Centenario, no se detuvo ante una mujer que ofrecía sus servicios. Cerca de Chacarita, le dolió no saber orientar a un anciano angustiado, que tenía en la mano una hoja de papel con una dirección anotada. Una sola vez se le ocurrió ayudar a una familia de cartoneros hasta que entregaran su colecta y cobraran lo correspondiente al peso; no se lo agradecieron y él entendió que ese mismo uniforme, que en su ingenuidad le confería un lugar en el mundo, podía ser motivo de suspicacia y distancia.

Un año después de haber llegado a la capital ya había incorporado a su vocabulario la palabra «sórdido». Se la había enseñado una compañera, también agente de prevención en la flamante Policía de la Ciudad. Porteña, no la asustaban los espacios del narcotráfico ni la actividad infatigable de los motochorros. Era ésa su realidad, no conocía otra, y la aceptaba con soltura, sin internarse en su anécdota más de lo necesario para sobrevivir. También le enseñó a Ángel otras palabras: soborno, extorsión, estupro.

Tenía unos pocos años más que Ángel. Debajo del maquillaje enfático y el pelo teñido, detrás del nombre inglés elegido por padres devotos de la televisión, él reconocía los rasgos invictos de su propio origen; tal vez por ello no se sentía intimidado en su compañía. Había nacido en Buenos Aires, pero era hija del norte, no cabía duda, del mismo norte donde él había crecido. Era la primera mujer que lo trataba de igual a igual, sin desconfianza ni

paternalismo, casi afectuosa. Una tarde, escamoteando una hora al servicio, lo llevó a lo que ella llamó un «telo»; en la entrada, él leyó «albergue transitorio». Allí le enseñó lo que una mujer podía enseñarle.

Fue esa tarde, en la tibieza de las sábanas arrugadas, demorando el momento de vestirse, que Ángel la miraba salir de un breve paso por el baño, volver al uniforme, recoger su pelo con una hebilla. Se animó a preguntarle si había oído hablar de «la noche del apagón».

—¿Y eso? ¿Qué sabés vos de eso?

Él sintió que había pisado donde no debía. Contó aproximadamente lo que había oído meses antes en la plaza de Fraile Pintado.

—¿Qué tiene que ver eso con vos?

Hubiese preferido no internarse en un relato cuyas consecuencias no discernía. Confesó, sin embargo, que su tío habría declarado en falso para salvar a uno de los dueños del ingenio.

—Mirá, mejor te olvidás. Eso pasó en tiempo de mis abuelos. Eran de General San Martín, que antes se llamaba Ledesma. Trabajaban los dos en el ingenio. En la familia se sabía que de eso no se hablaba. Más tarde llegaron porteños a remover basura, anduvieron preguntando, no les sacaron una sola palabra. Ni a mis abuelos ni a nadie. Cada uno en su lugar. Así es este país, me enseñaron. Todos tranquilos. Lo que pasó pasó.

Se inclinó sobre Ángel y le dejó, maternal, un beso en la frente.

—Dale, vestite, que se hace tarde y no quiero hacerte pagar otro turno.

En una de sus errancias nocturnas, Ángel se distraía siguiendo a través de la ventana la animación de una fonda en Barracas, donde después de cenar bailan tango vecinos del barrio, sin público de turistas. Las parejas, muchas de ellas ya lejos de la juventud, respetaban los pasos, «la caminata», las discretas figuras tradicionales, sin las acrobacias que en otros salones despliegan los jóvenes aprendices del 2 × 4.

En algún momento sintió una presencia inmóvil, a poca distancia. Se volvió para mirar. Era un joven oficial de la Policía de la Ciudad.

—Así que le interesa el tango, cabo. Veo que no se cuadra ni saluda. También veo que se pasea sin el arma reglamentaria. Tengo entendido que ustedes, los residuos de la Metropolitana, les deben respeto a sus superiores de la nueva policía...

Acercó su cara a la de Ángel. Quería imponer una expresión amenazante. Sin embargo, un leve temblor en la mandíbula, la inseguridad en la voz, las pupilas dilatadas que Ángel ya había aprendido a reconocer como síntoma conspiraban para atentar contra la bravuconada.

Balbuceó algunas palabras más sin alterar la serenidad de Ángel, que le había clavado la mirada y no parecía escucharlo.

—¿Qué pasa, cabito? ¿No me oye? ¿Prefiere que lo lleve directamente a la comisaría y allí explique qué anda haciendo con ese uniforme y por estos barrios?

Inmutable, Ángel no desviaba la mirada, incluso la fijaba con una intensidad cada vez mayor. Esperaba.

Cuando vio asomar por el cuello del uniforme del policía las primeras escamas, buscó en el bolsillo del pantalón. No sacó inmediatamente el espejo. Muy pronto las escamas invadieron la

cara, las manos del oficial; con un gemido, se las llevó a los ojos, hundidos, ya cubiertos por más escamas. En el momento mismo en que en medio de su frente empezaba a abrirse un nuevo ojo, redondo, sin párpado, Ángel le mostró el espejo. Todo ocurrió muy rápido y en silencio. Segundos más tarde tenía ante él, en la vereda, un montón de cenizas.

3

Alejandro le daba vueltas a un encargo aceptado en un momento de debilidad: escribir un breve texto para el 1.º de noviembre, día de los Muertos. El editor de un suplemento debió pensar que, por su edad, él tendría sobre el tema algún atisbo anticipado, una intuición inédita, algo sorprendente para los lectores. Finalmente, tras desechar varias posibilidades, decidió escribir, no sin cierta perversidad, sobre unas pompas fúnebres muy lejanas de las practicadas en el país.

Escribió, corrigió someramente, respetando el número indicado de caracteres con espacios, y con un suspiro de alivio envió el texto.

«Las torres de silencio tienen tres círculos en su techo: el exterior para los hombres, un segundo para las mujeres y un tercero para los niños.

»En el centro espera una boca siempre abierta. Una vez que los buitres ya limpiaron de carne, músculos y nervios los huesos, y que el sol los ha blanqueado, se los arroja al osario por ese foso.

»Allí en el fondo, cal y agua de lluvia perfeccionan la purificación. Esos desechos no corromperán la tierra, el aire ni el fuego; tampoco el mar al que serán echados.

»Hace más de mil años que los parsis emigraron de Persia hacia la India huyendo del islam conquistador. Se instalaron muy cerca de Mumbai y erigieron sus torres entre bosques. Hoy, la voracidad inmobiliaria ha ido talando esos bosques y la fumigación de pesticidas ha liquidado a miles de buitres.

»Quedan pocos para ejercer la pompa fúnebre.»

El sobre seguía en el piso, tres días después de haber llegado. Alejandro trataba de ignorarlo al salir o volver al departamento. Su nombre dibujado con aplicación, la falta de remitente, todo declaraba quién lo había enviado.

Le tenía miedo a lo que podía contener. Sea lo que fuere, iba a resucitar el momento fuerte de su vida, el rapto que había liberado una pulsión largamente dominada, momento que ya empezaba a hundirse en su memoria y él temía que volviese a la superficie: anécdota desnuda, lejos de la embriaguez vivida.

En más de una ocasión se había preguntado qué sería de Ángel, en qué andaría. Curiosidad sin deseo de verlo. La primera aparición lo había golpeado como la de un enviado de otro mundo; iba a entender más tarde que se trataba de un mundo ajeno al suyo pero bien real, un mundo que resistía en márgenes de la ciudad que él no frecuentaba, palpitante en un lejano norte que nunca le había despertado interés. El uniforme incongruente, las palabras solidarias, todo había terminado por resultarle más extraño, casi ficción, que su propio acto de matar.

El sobre no abierto, en el piso, lo esperaba con una amenaza indefinida. Prefería quedarse con la última imagen que guardaba de Ángel, alejándose entre los árboles amanecidos del parque Lezama, escuchando las voces de un sufrimiento enterrado. Voces inaudibles para Alejandro, aunque era él quien había escrito que los muertos siempre vuelven y las víctimas son los muertos más tenaces.

Su hija le deparaba una sorpresa. Por primera vez quería presentarle un novio. Si quiere presentármelo, pensó Alejandro, no debe ser otro músico pospunk ni un hosco militante de alguna causa, vegana o redentora. Hizo un cálculo: Mariana ya había cumplido treinta años y no presentaba síntomas de querer perpetuar una adolescencia tardía. Habían quedado lejos la muchacha que había sido necesario liberar de una comisaría y la entusiasta de la placenta gastronómica.

Eligió con cuidado el restaurante adonde los invitaría a almorzar un sábado. De moda, como para darles a entender que no había quedado anquilosado en una gastronomía vetusta. Sin embargo, nada obediente a las últimas novedades de la cocina de autor. Tardó mucho en decidirse y finalmente eligió una parrilla muy apreciada en las listas de mejores restaurantes del momento. Si el novio no comía carne, Alejandro se divertiría viéndolo ante una ensalada, mientras él atacaba morcilla y mollejas.

Contra toda expectativa, el novio resultó un nerd, un joven ingeniero aeronáutico convertido en empresario: junto con dos colegas, habían diseñado con éxito campos de pruebas para la experimentación con vehículos aéreos no tripulados. Alejandro lo escuchaba con atención pero con la mirada fija en su hija: descubría una faceta nueva en esa mujer que nunca había terminado de entender. Mientras el novio exponía los múltiples usos de un dron, ella seguía sus palabras, mirada aprobatoria, sonrisa admirativa.

Ante la locuacidad del ingeniero, Alejandro se sintió eximido de buscar tema de conversación. Prefirió estimularlo.

—Me estás descubriendo un mundo nuevo. No sabía que los drones tienen aplicaciones fuera del campo estratégico o del

catastro urbano.

—No hay actividad ni territorio en que no puedan intervenir: el agropecuario, el servicio postal, la investigación policial. Los más sencillos son casi juguetes sofisticados, muy accesibles. Los padres regalan a sus hijos adolescentes un dron con cámara para que se entretengan corriendo carreras con los amigos o persiguiendo a la novia.

El almuerzo terminó amablemente, satisfacción de los jóvenes, alivio del padre. Alejandro no podía sospechar que en ese momento y ese lugar se había sembrado en su imaginación una semilla de germinación imprevisible.

Alejandro había tardado días en abrir el sobre, tal vez una semana. Contenía dos recortes de distintos diarios. Como no compraba prensa, apenas si sobrevolaba los titulares en internet, le llamó la atención la fecha reciente de esos retazos de periodismo impreso: noviembre de 2020. Títulos, volantas... hubiera dicho que llegaban de un pasado lejano, clausurado, como en su momento había sentido ante la carta manuscrita de Ángel. Hablaban, sin embargo, del presente: uno de ellos anunciaba que no había fecha decidida para retomar las clases en las escuelas públicas cerradas por la pandemia; el otro, que estaba aprobada la reapertura de casinos y bingos para la temporada de verano.

No sólo en el sobre faltaba indicación de remitente, ningún mensaje escrito acompañaba a esos recortes, nada que permitiese responder con una palabra solidaria, enviar una señal de amistad. Alejandro sólo podía suponer la indignación de un muchacho ingenuo. Reconoció a su «ángel protector», el niño que había hecho dos horas a pie a tres mil metros de altura para llegar a una escuela y aprender a leer y escribir, ese saber que le prometía acceder a un universo aún desconocido pero que intuía incalculable.

De los casinos autorizados en la ciudad Alejandro sólo tenía la información imprecisa que puede guardar alguien que pasa una mirada distraída sobre los titulares de los diarios: sabía de uno flotante frente al puerto de La Boca, inspirado por los barcos con aspas que surcaban hacía más de un siglo el Misisipi; otro instalado en el elegante edificio del Hipódromo de Palermo. De los bingos, tenía la impresión de que eran refugio de amas de casa y jubilados, sobrevivientes todos en ese limbo donde la clase media oscila entre pobreza y miseria. Todos esos salones, pretenciosos o resignados,

eran propiedad de un empresario cómplice de sucesivos gobiernos, cualquiera fuese su signo político. Decidió visitar el que le despertaba alguna curiosidad.

Firmemente amarrado en las aguas perezosas del Plata, el casino flotante lo recibió con torrentes de música y luces de colores. En una primera planta, equivalente a la tribuna popular en la cancha de fútbol, máquinas tragamonedas y un bar sin pretensiones; en una segunda, mesas de ruleta y black-jack, apuestas menos humildes; finalmente, detrás de sogas rojas y guardianes en librea, resguardado de la curiosidad plebeya, un sector para jugadores serios.

Alejandro lo recorrió sin detenerse. Se sentó ante el bar de la primera planta para beber lo que le propusieron: un trago de moda que le estragó el paladar. Observaba el oleaje taciturno de jugadores que insistían ante una misma máquina o buscaban impacientes otra más amistosa; no podía sacar ninguna conclusión de su aspecto, nada que le indicase si eran adictos o visitantes ocasionales. Una sola expresión recorría todos los rostros, una suerte de callada, contenida desesperanza.

Sintió abrirse la herida de sus años amansados, su resignada aceptación. Al volver a su casa permaneció un largo momento con los recortes en la mano. Repasó confidencias y silencios, indicios del personaje cuyo lado desconocido sentía más importante que el entrevisto: un desordenado archivo de sus encuentros con Ángel. Le llegó un indefinido, tácito llamado a despertar.

Como traído por estos pensamientos, iba a verlo aparecer poco más tarde.

—Mi abuela siempre decía que los sueños son la única manera que tienen los muertos de comunicarse con nosotros. Se preguntaba si Dios no nos habría dado la facultad de soñar para volver a ver un poco a los que nos dejaron. O para recordarnos que no nos perdonan.

Hizo una pausa.

—La abuela hablaba en serio, aunque se reía bajito.

Alejandro lo escuchaba disimulando su escepticismo. A Ángel no se le escapó.

—¿No le llamó la atención que en los sueños no veamos a los muertos en la tumba, ni en el ataúd en que los despedimos cuando los velamos? Están a nuestro lado, caminan, comen, discuten con nosotros.

La noche de verano, tibia, liviana, invitaba a quedarse, a hablar de lo que el día calla.

Estaban en un bar de la calle Dorrego, ante una mesa en la vereda. Ángel en camisa, sobre las rodillas la parte superior del triste uniforme de agente de prevención; ya no se animaba, prudente, a lucir el de la Metropolitana, desgastado el prestigio que alguna vez había tenido a sus ojos. Desgastada también la imagen de la ciudad con la que había llegado, y el misterio que en sus primeros meses creía descubrir en la noche de la capital. En sus horas de servicio nocturno había pasado varias veces frente a ese bar, había visto a Alejandro, siempre rodeado de gente joven. No se había atrevido a saludarlo.

—Leí los recortes que me mandaste. Más bien leí los títulos, no necesitaba más.

Ángel guardaba silencio. De Alejandro esperaba algo más, le había entregado las palabras de su abuela, lo mejor guardado de su

vida.

—No me sorprendieron por separado. Fue la simultaneidad lo que me pareció obsceno. Me hizo pensar en la pérdida de esa hipocresía que permite al diálogo social no derivar en masacre. Me lo explico sólo en esta sociedad encanallada.

Hizo una pausa, buscó en su memoria.

—Si no fuera inútil, repetiría palabras de un escritor alemán: «Sólo la violencia ayuda donde la violencia reina».

—Es lo que usted pensaba la noche en que lo conocí.

Alejandro no disimuló su asombro. Le costaba aceptar la mirada penetrante del amigo. Ángel lo había visto como él no pensaba que pudiesen verlo.

—Fue un rapto. Pensado, preparado, sí, pero sin consecuencia. Un relámpago que caló profundo. Me saqué las ganas de darme un gusto.

El silencio de Ángel lo llevaba a explicarse.

—Cuando se llega a mi edad, uno arrastra deudas pendientes, deseos postergados. Pero más allá de la satisfacción personal, ¿qué se logra liquidando a una basura?

Se quedó con la mirada perdida en una lejanía sólo visible para él. Vacilaba antes de internarse más lejos. Ángel tomó el relevo.

—Un relámpago sin consecuencias... ¿Está seguro? Esa noche se le despertó el vengador solitario...

Esperó antes de continuar, antes de atreverse.

—Pero es cierto, a un hombre inteligente como usted no se le escapa que para liquidar basuras habría que golpear más alto. Más allá del individuo.

De pronto, Alejandro se sintió como un estudiante en un examen, sorprendido por la pregunta para la que no tenía preparada respuesta. Y el examinador que esperaba esa respuesta era un joven, sabio de otros conocimientos que los suyos.

Permanecieron en silencio hasta que empezaron a poner las sillas patas arriba sobre las mesas. Eran los últimos, las luces del bar se habían ido apagando. Pasaba por la calle una pareja de jóvenes sin barbijo, abrazados, besándose. Alejandro agradeció que

existieran. La noche aún no había terminado.

De niño, Alejandro había sido confiado por sus padres al Lycée Français.

Sus primeras lecturas en otro idioma fueron las aventuras de Tintín, volúmenes de tapas duras, más grandes que un libro común, historietas de colores vibrantes generosas en exotismo. Tintín se aventuraba al Tíbet de los lamas y a una China de sociedades secretas; se mezclaba con los incas de Perú y los gángsters de Chicago, frecuentaba al capitán Haddock, a un profesor Tornasol y a la diva Castafiore, personajes ricos en excentricidad, ajenos a su anodina vida cotidiana. Y a su lado, siempre, Milou, el perro fiel y astuto que Alejandro hubiese querido tener por compañero.

¿Qué edad tenía Tintín? Una imprecisa adolescencia. El jopo rubio erguido sobre la frente, los pantalones de golf, el pulóver arremangado, el ocasional impermeable Mackintosh... Cierto aire informal mitigaba esa imagen de otra época, de chico de buena familia a quien los padres le elegían la ropa, algo también habitual en la infancia de Alejandro. Pero Tintín era un hijo incorrecto, de pronto se mimetizaba con el escenario de sus aventuras, se vestía como corresponde al Congo o a Arabia. Los padres de Tintín no aparecen en ningún volumen de sus aventuras. Tal vez no hayan existido, ficción de orfandad soñada por tantos chicos educados en el orden y la obediencia.

Las proezas de Tintín tenían siempre un final feliz, concluían con la tácita promesa «hacia nuevas aventuras». Importaba menos el desenlace que las peripecias. El niño intuía que el placer de la lectura estaba en relación exacta con la irrealidad de la aventura, pero ninguna exigencia de realismo asomaba en aquellos años para turbar la fidelidad del lector. Cuando apareció, años más tarde, el

adulto que había sido aquel niño, ya disponía de una noción para protegerse: «la voluntaria suspensión de la incredulidad».

Y más tarde aún, con mucha vida vivida, el niño enterrado resurgió con fuerza, la de los deseos que exigen realización.

Alejandro llamó a su hija. Recordaba palabras del novio: el dron como juguete sofisticado, de precio accesible. Prefirió hablar con ella, no con él. Mariana no lo abrumaría con información técnica y es probable que no se escandalizara si en algún momento llegase a entrever lo que el padre se proponía.

—¡Papá! ¿Qué te dio por actualizarte?

Dio una excusa verosímil. Tenía horas de ocio en que no lograba escribir una página. Para entretenerse ya no le bastaban las películas viejas que guardaba en un disco auxiliar. Poco tiempo atrás, había donado parte de su biblioteca a una universidad. Ahora se le había ocurrido desprenderse gradualmente de algunos libros enviándolos a amigos que no veía con frecuencia. El novio había dicho que la distribución postal era una de las aplicaciones de estos vehículos aéreos no pilotados. ¿Por qué no sorprender a esos amigos con un paquete caído del cielo? Aún más: hacerles descubrir que ese envío anónimo contenía libros elegidos por alguien que conocía sus gustos...

La hija lo escuchaba con inesperada atención, mirada afectuosa, apenas irónica. La idea le pareció «divertida», no sólo generosa. Entendió inmediatamente que el tema quedaría entre ellos: una solidaridad tardía, bienvenida. Prometió pasarle enlaces de internet con información sobre distintos modelos de drones y sus capacidades. Explicó que el dron era dirigido por control remoto, y que Alejandro necesitaría practicar. Cuando pronunció la palabra *joystick,* que el padre nunca había oído, ni sabía qué función cumplía el objeto designado, Alejandro separó mentalmente sus componentes, *joy* y *stick*. Se le ocurrió que podía ser un tipo de consolador perfeccionado. El malentendido los dejó riéndose un buen rato, complicidad recién descubierta.

Comparaba los distintos modelos de drones del catálogo enviado por su hija. Muy pronto desechó la similitud con un helicóptero, que en un primer momento creyó reconocer. Se parecían más bien a arácnidos metálicos de patas articuladas. Mariana le había enviado un catálogo de drones capaces de transportar carga inferior a diez kilos. Leía con atención: «Con un tiempo de vuelo de alrededor de 50 minutos, el DJI Matrice 100 es la herramienta perfecta para cualquier persona que necesite un dron que pueda manejar ascensos ligeramente más pesados». Más modestamente: «Conocido por ser un dron seguro y estable, el DJI S1000 también puede ser usado como un dron de carga ligera al aire libre. Con una capacidad de carga útil de 7 kg y de 15 minutos de vuelo, el DJI S1000 es perfecto para profesionales, así como para las personas que son nuevas en el mundo de los drones».

Las horas pasaban insensiblemente. Como un niño de visita en una juguetería, comparaba diseños y capacidades, almacenaba información, no se decidía. Ya no estaban a su lado padres que pudiesen limitar el precio de su elección. Otra persona, sepultada bajo pasaportes vencidos, polaroids desteñidas, el diploma de algún premio y muchos borradores de escritor obsesivo, emergía del fondo de algún cajón de su escritorio. Esa persona buscaba la luz, el aire. Era el que Alejandro habría sido si en una encrucijada lejana, olvidada, no hubiese elegido otro camino.

Con Ángel habían quedado en encontrarse sin fecha, al azar, si coincidían algún viernes poco antes de medianoche en el bar de la calle Dorrego. Era parte del recorrido nocturno que correspondía al agente de prevención.

En un primer momento, Alejandro dudó en confiar su proyecto al «ángel guardián». Muy pronto entendió que necesitaba su colaboración. Volvió a hablar del envío recibido, de esos recortes elocuentes, aparecidos simultáneamente en distintos diarios. Lo habían turbado, habían despertado en él algo extinguido por años de convivir con la impunidad; al encenderse, el viejo rencor le había devuelto un eco de su juventud.

Ángel lo escuchaba sin demostrar emoción. La ciudad, el contacto diario con la anécdota de la noche lo habían curtido.

—Lo entiendo, Alejandro. Dígame en qué puedo serle útil. Y, si me permite, me gustaría participar en lo que tiene en mente.

Alejandro, aliviado, entendió que no necesitaba rodeos.

—Un dron Tarot T18 Ready-To-Fly tiene veinte minutos de tiempo de vuelo y puede llevar carga de hasta ocho kilos. No necesitamos tanto, pero es una garantía de estabilidad. Con 500 gramos de C-4 estamos. Como ves, estuve recorriendo internet.

Ángel lo escuchaba sin disimular la sorpresa. La reemplazó muy pronto una sonrisa de camaradería, ya sin distancia. Había quedado atrás la palabra «doctor».

—Una ventaja importante del C-4 —continuó Alejandro— es su seguridad. No estalla incluso si es golpeado por una bala, perforado, cortado o lanzado al fuego. El único método fiable para la detonación es mediante un detonador. En mi propuesta la carga no se va a expulsar, irá adherida. El dron se destruirá al impactar en el blanco.

—Un dron kamikaze...

Alejandro también sonrió, satisfecho de que sus palabras no hubiesen despertado incredulidad ni rechazo. Ángel demostró que podía seguirlo con la misma rapidez y franqueza.

—Hay un depósito donde guardan municiones, armas y explosivos secuestrados a los narcos en la frontera —informó el «ángel de la guarda»—. Es un galpón de la Gendarmería, camino a Garín. Yo no puedo presentarme allí, pero creo que uno de mis compañeros, un muchacho de mi provincia, alguien de confianza, conoce a los guardianes.

Con esta promesa en puntos suspensivos sellaron la complicidad.

Los distrajo una visión fantasmagórica: pasó corriendo un hombre untado con brea y cubierto de plumas; lo seguía, insultándolo entre risas, una manada de chicas adolescentes. Lucían el uniforme de un colegio exclusivo.

En Buenos Aires, en las noches de verano el tiempo parece detenerse. Son noches breves, pero las pueblan historias y personajes que, antes de desvanecerse con la primera luz del día, despiertan deseos olvidados, borran la sumisión a ese simulacro de vida que llaman cotidiana. En unas pocas horas se va urdiendo la trama de la novela de la noche. En las mesas que cubren las veredas se extingue el rumor de la conversación, tal vez los bebedores descubran en el silencio la promesa de una nueva intimidad. Una mujer entrecierra los ojos para escuchar mejor la música que llega de no se sabe dónde; sobre su rodilla, un hombre deja dormir la mano que poco antes intentaba explorar la pierna de esa mujer. La caricia de una brisa acompañará a la primera claridad y los despertará de una ficción a la que se habían entregado insensiblemente.

Con admirable exactitud, la explosión ocurrió en el breve intermedio entre el momento en que se retiran los últimos jugadores y aun no ha entrado el personal de higiene con su equipo de desinfección. «No hubo que lamentar víctimas», afirmó la prensa.

Del casino flotante quedaron, restos de un naufragio, las aspas de la paleta meramente decorativa, evocación de un lejano Misisipi de ficción, los tableros de las máquinas tragamonedas con sus prometedoras cerezas, faraones y criaturas mitológicas, ruletas abolladas, naipes, espejos hechos trizas, neones apagados. Flotaban a desgano en el agua nocturna. La luna, oculta por momentos tras nubes llevadas por un viento perezoso, despertaba destellos plateados en ese naufragio barato.

Desde un balcón oscurecido del paseo Colón, contemplaban el espectáculo una mujer joven con un objeto metálico en la mano; apenas detrás de ella, un hombre también joven y otro mucho mayor.

4

La abuela estaba sentada en el borde de la cama, como en todas sus visitas. El cuarto era estrecho, no permitía más que una sola silla junto a la mesa, y la anciana prescindía de ella para transmitir con su cercanía el auxilio que venía a traer.

Hacía un buen rato que se miraban en silencio, Ángel con una sonrisa triste ante el rostro trabajado de la anciana. Ella no necesitaba de palabras para aliviar la angustia del nieto, bastaba su presencia.

—Abuela, hay días en que no soporto la ciudad, no sé para qué quise venir aquí, me falta aire, me hace mal tratar con esta gente, todo es suciedad y siento que la suciedad se mete en mí.

La anciana asentía sin palabras. Estaba allí para escuchar.

—Usted no sabe todo lo que he visto, tanta cosa fea, y más de una vez yo mismo terminé cómplice, no sólo testigo. Cuando pude ayudé a unas pocas personas, gente que mereció respeto. Pero aquí no hay lugar para la caridad.

Hizo una pausa, buscaba en la memoria.

—Hace varias noches que no sueño. Tengo miedo de que se me haya ido el espíritu.

No parecían molestarle risas, voces, la alegría festiva que irrumpía de otro cuarto del mismo piso, la cumbia grabada en un celular. El edificio había sido una pensión, más tarde adecentada en hotel, sin renunciar a las sábanas remendadas ni a las manchas de humedad en la pared.

—¿Se acuerda del cura de Tumbaya? A veces yo no entendía bien lo que decía. Recuerdo, sin embargo, que no había que confundir caridad con dádivas. Que no hay que aceptarlo todo, no hay que resignarse, porque lo normal no es lo justo. Que Jesús no había venido al mundo para traer la paz.

La abuela entrecerró los ojos, parecía dejar que esas palabras resonaran en su mente sin que la distrajese ninguna imagen. Más bien para descifrar el sentido de palabras ajenas a su creencia.

—Ya lo sé, usted me enseñó a no creerles todo a los curas. Que no saben nada de lo que nosotros sabemos. Pero a veces, cuando estoy solo y no entiendo lo que pasa, recuerdo lo que decía el cura de Tumbaya. Trato de entender, a ver si ahí encuentro una guía.

Su amiga, agente de prevención como él, le había propuesto algo mejor pago: pasar a un servicio de seguridad privada. Habían hablado varias veces del hartazgo que les provocaba la rutina del uniforme: la única sorpresa podía ser el riesgo. Ella había buscado nuevos horizontes; generosa, compartía con el colega tímido las oportunidades que descubría. Había conocido, Ángel prefirió ignorar las circunstancias, a un individuo que se presentaba como agente exportador para varios gobiernos provinciales: establecía lo que él llamaba puentes entre empresas nacionales y clientes del exterior. Buscaba en ese momento un encargado de seguridad, antecedentes irreprochables, para su casa en un barrio cerrado: los vecinos habían sufrido varios robos, hasta un secuestro, se decía que con la complicidad de los guardias.

En pocas semanas Ángel aprendió que, detrás de una puerta ante la que montaba guardia, se intercambiaban en mano sumas de dinero importantes. Alguna vez oyó que se hablaba de escuelitas, diminutivo que lo dejó perplejo. Su amiga le iba a explicar de qué se trataba, refugio para criaturas abandonadas o fugitivas de la casa familiar, a veces negociadas por los padres. Bien alimentadas. Una revisación médica semanal. Sólo visitantes, aclaró, de calidad, empresarios, políticos. A salvo del automovilista que podría levantarlas al borde de un camino. A Ángel le dolió enterarse de ese margen sucio del norte que extrañaba.

Varias veces se había sentido tentado de ejercer el poder de su mirada sobre alguno de los individuos que pasaban por allí. Se contuvo, consciente de la insignificancia de las posibles víctimas, de su impunidad compartida. En algún momento se le hizo insoportable esa servidumbre bien paga y en sus horas finales de

servicio cedió a la tentación. Los guardias iban a encontrar un círculo de ceniza en la casa deshabitada.

La animación de los vecinos se fue apagando para dejar lugar a jadeos y ronquidos. Ángel esperó un momento de silencio para volver a hablar.

—Dígame que no hago mal, abuela.

Le pareció leer una absolución en la mirada de la anciana que volvía desde la otra orilla cada vez que él la necesitaba.

Mariana se despertó aturdida, un mareo diferente de la resaca de alcohol. Se sentía lúcida y, sin embargo, consciente de lagunas borrosas, ya próximas, ya lejanas, en su memoria. Estaba en su casa, pero verificaba ese espacio conocido como si escondiera el rastro de otro, que no lograba identificar. Tardaba unos segundos en poner en foco la visión, que casi inmediatamente volvía a desenfocarse.

Como a los dieciséis años, recordó vagamente, cuando tomé el primer ácido.

Se hizo un café y lo bebió lentamente, sorbo a sorbo, como le habían enseñado en Italia que se saborea un buen café. Su novio estaba de viaje, controlando la instalación en varias provincias de campos de pruebas para vehículos aéreos no tripulados. Para ella, entendió, esa ausencia había funcionado como una vacación, un paréntesis en su vida cotidiana, vacío temporal que habían ocupado su padre y un joven llamado Ángel, a quien Alejandro se refería, sin ironía, con inesperada convicción, como su ángel de la guarda. No se molestaba en explicar la razón de ese apodo.

Ese quiebre le había permitido desprenderse, sin buscarlo, de hábitos y sentimientos conservados por pereza. Ella, que había pasado su juventud poniendo distancias con su padre, ahora le prestaba atención. Lo veía por primera vez apasionado, con una indignación que le costaba reconocer en ese hombre indiferente a la vida pública, despectivo ante sus intrigas y fantoches. Reconocía en él, lejos de toda senilidad, menos un regreso a la infancia que a una prehistoria de la edad adulta, como si hubiese recuperado una parte de sí mismo que los años habían gastado, domesticado. Y el joven poco locuaz, tez oscura y sonrisa luminosa, lo sostenía en ese arrebato, le prestaba algo de su propia juventud. Sin llegar a

entenderlo, Mariana intuía que ese «ángel de la guarda» estaba animado por algún saber callado, algo más allá de su experiencia.

Empezó a ver con claridad lo que no podía explicar. Se había dejado arrastrar por su padre a una aventura solipsista que tenía tanto de reivindicación adolescente como de causa perdida. A vivir esa entrega como una diversión inédita. Se vio subiendo sin recelo a un piso alto de un edificio abandonado en el paseo Colón, un refugio que la complicidad de Ángel con sus okupas les había permitido invadir por unas horas. Había compartido con su padre la alegría de ver destruido por sus propias manos un emblema de la degradación social y los negocios del poder, en el día mismo en que se celebraba la reapertura de los casinos, a meses de la clausura de las escuelas públicas.

Se disipaba gradualmente la embriaguez que había conocido en días vividos como si hubiese sido otra persona. Una efímera exaltación. Ya empezaba a extrañarla.

Una tarde se le ocurrió echar una mirada ociosa al depósito de distintos modelos de drones con los que trabajaba su compañero. Le impresionó verlos inmóviles. Como a su padre, le parecieron arácnidos de metal, patas articuladas, diferentes capacidades, tiempo de vuelo, peso de carga posible. Estas arañas no tienen veneno, pensó, le corresponde al hombre cargárselo. Permaneció un largo rato estudiándolas. Su imaginación tramaba posibilidades.

Se le ocurrió que nunca había estado en un casino, ni en el ya desaparecido, grotesco casino flotante, ni en el instalado en el antiguo Hipódromo de Palermo. Había leído que este último había salvado de la ruina el distinguido edificio de la década de 1880, gracias a los aficionados a las máquinas tragamonedas. En la primera mitad del siglo XX, había sido escenario dilecto para la pasión turfística de los porteños y permitido alguna exhibición de elegancias femeninas. Ella lo había visitado a fines de esa época. Su padre, en un raro unísono con el mundo del tango («Berretines que tengo con los pingos / metejones de todos los domingos»), la había llevado de niña a un sector reservado, no al *paddock* que ella hubiese querido visitar, y desde allí había seguido, sin

distinguirlos, a los caballos que pasaban ante sus ojos como una exhalación, entre el griterío y los ademanes histéricos de los hombres que, allá arriba, colmaban las tribunas. No recordaba si la suerte había acompañado a su padre en esa única ocasión; sí que antes de volver a casa la había convidado con una de esas copas de varios helados que no iba a permitirse una vez adolescente, atenta al peso y la silueta.

En la descomposición social de principios del nuevo siglo, el recinto original había resultado insuficiente para la población de desesperados, confiados en las hipnóticas pantallas y sus íconos giratorios, promesas de esquiva, modesta fortuna. Un anexo, ya no evocador de Ascot o de Longchamp, sino remedo de las luces sin ocaso de Las Vegas, ocupaba el predio vecino, abierto las veinticuatro horas. Mariana decidió visitarlo a una hora bien pasada la medianoche, antes del amanecer.

La primera comprobación no la sorprendió: las máquinas ya no tragaban monedas sino billetes, introducidos en ranuras que emitían un suave ronquido al aceptarlos. El público, numeroso, lucía un aire sonámbulo. Deambulaban entre máquinas, en busca de la que esperaban favorable. Una mujer había escapado al insomnio y acudido en bata y chinelas. Las expresiones, enajenadas, oscilaban entre la ansiedad y el desencanto; en algunos casos se parecían al alivio. No se oían voces, sólo el mecánico aporreo de las máquinas.

Había visto en el cine mesas de ruleta y de juegos de naipes, personajes con atributos de ficción. En algún caso, una terraza iluminada por la luna, escenario del suicidio de una actriz sin mañana.

Ninguno de los fantasmas de medianoche con que se cruzaba, pensó, iba a suicidarse. Volverían todos a su cuarto oscuro, a su empleo, a un cónyuge, a una vida que no podía prometerles ningún desenlace novelesco.

Ninguno de ellos había manejado explosivos, ninguno había participado en la destrucción de un símbolo de delicuescencia social.

En medio de ese letargo ruidoso, Mariana sintió que

despertaba en ella una fuerza nueva, insospechada. Había sido cómplice de su padre en una quijotada ajena a todo sentido práctico; cómplice, ya no hija, la hija «tarambana» de un padre a quien le divertía desempolvar un vocabulario vetusto. También sospechaba, confusamente, que empezaba a desprenderse de una pasiva admiración ante su novio; ya no asistía absorta a su capacidad para asociar técnicas y materiales en resultados imprevisibles. De pronto entendió: ya no era hija, ya no era novia. Esas renuncias la dejaban sin una palabra para definir su lugar en la trama social.

Subió a un taxi de la fila que esperaba ante el casino. Vaciló en dar una dirección; finalmente pidió que tomara la avenida Libertador en dirección a Retiro. No le sorprendió descubrir en el espejo retrovisor la sonrisa irónica del conductor, la que podía saludar a una mujer sola, tres horas después de medianoche, que tal vez hubiese perdido el último dinero con que pagar; muy pronto empezaría a dirigirle insinuaciones, aun propuestas directas. Al detenerse ante un semáforo en la esquina de Callao, ella distinguió la palabra hotel, iluminada. Le pareció una salvación. Sin mirar el taxímetro, echó unos billetes sobre el asiento delantero y bajó.

Un hotel le prometía ser pasajera, estar de paso. No le exigía saber qué dejaba atrás ni adónde se dirigía.

Vivimos todos en una ciudad propia, se decía Alejandro. La inventamos y padecemos. Nos inspira una intermitencia de amor y despecho. Ocasionalmente esa ciudad propia coincide con aquella que otros se han inventado. La misma, otra.

Días después de la destrucción del casino flotante, Alejandro recuperaba su vida cotidiana, sacudida pero no cambiada por las emociones vividas en compañía de su hija y Ángel. Se preguntaba cómo guardarían ellos el recuerdo de la aventura compartida, qué sentido le darían con el paso del tiempo, si es que la busca de un sentido fuese a tener lugar en sus preocupaciones.

Sin embargo, en las pausas e intersticios de la rutina lo visitaban imágenes de un vaivén constante de agua nocturna, de añicos de juegos de azar y una decoración estridente. Hubiese preferido que esos desechos fuesen los despojos del empresario de casinos y bingos, sanguijuela de solitarios y desesperados.

Sentado frente a la pantalla de la computadora, intentó escribir. Las palabras se le escapaban; apenas las veía aparecer en la página virtual, las mismas que segundos antes, en su mente, le parecían justas, de pronto perdían vida. Inertes. Desechadas. Ajenas. ¿Epitafios en la lápida de un desconocido? Hubiera querido volver atrás, a alguno de esos momentos, frecuentes, no excepcionales, en que escribir le procuraba placer, en que le daba satisfacción el esfuerzo por limpiar de residuos una primera versión hasta encontrar la forma de una frase que diga más. Pero ya no estaban a su alcance. Algo se había roto y no estaba seguro de que fuese uno de los tantos desgastes que regala la edad. No podía volver atrás.

Recordó versos de Hölderlin que solía citar un amigo: «Allí donde asoma el peligro, se encuentra lo que salva». Acaso

necesitaba perderse para luego encontrarse.

En algún momento se preguntó cuándo había surgido en su ya larga existencia el deseo de satisfacer una pulsión de violencia antes contenida, vocación de verdugo vagamente justificada por una pueril indignación. Todo podía haber empezado, pero no sabía si podía fiarse de su memoria, una noche de otoño, en un escenario absurdo: el Casino de Montecarlo. ¿Treinta años atrás?

Le costaba imaginarse en Montecarlo. Difícil, pero tendría que aceptarlo como tantas cosas de un pasado que sentía ajeno. Tal vez pudiese explicarlo por la compañía de una mujer, relación intermitente que lo atraía por su mezcla de mundanidad con cierta nostalgia fraudulenta, la de su roce con una militancia caduca. Recordaba su nombre: Silvia.

Cómo habían recalado allí no podía explicarlo. Cosas de los años, demasiados, vividos en Francia. Es posible que estuviesen de vacaciones en algún lugar de la costa, Villefranche por ejemplo, e hicieran escalas explorando el camino hasta la frontera con Italia. Ella o él, alguien había decidido detenerse unas horas en el Principado de Mónaco, territorio de ficción, y visitar su monumento famoso.

Una escena empezaba a cobrar nitidez. Estaban observando a los jugadores en una mesa de *baccarat*. (Respetuoso de la tradición, el casino desdeñaba la apelación vulgar: punto y banca.) Alejandro seguía fascinado las manos diestras del crupier al deslizar las cartas prisioneras del *sabot*. Con un movimiento de cabeza Silvia le llamó la atención hacia un hombre sin edad, restos de pelo rizado, papada satisfecha. Alejandro no le veía más interés que a los demás jugadores, mujeres la mayoría, enajenados todos por igual.

—Henry Kissinger —le susurró Silvia.

Alejandro le prestó atención.

—No lo hubiese reconocido. —Habló dando la espalda a la mesa, sólo audible para Silvia—. Debo haber visto fotos en algún diario, hace años. Un cerdo viejo. ¿Estás segura de que es él?

Ella se rio y se alejó unos pasos de la mesa. Alejandro la siguió.

—Fue un cerdo joven. No tenés por qué conocer su

prontuario. Secretario de Estado en Washington antes de ser consejero en política exterior. En fin, ese fue su perfil público. En sus ratos libres, si así puede decirse, prestó servicios a la Corporación RAND, que asesora al gobierno norteamericano en su política nuclear. Además participó en las reuniones del grupo Bilderberg.

Ante la falta de reacción de Alejandro, aclaró:

—Bilderberg, la elite global propietaria de conglomerados mercantiles y fondos de inversión. Se reúnen todos los años en Suiza para unificar políticas de influencia en la creación de un nuevo orden mundial.

Alejandro despertó.

—¿No fue Kissinger el artífice del Plan Cóndor, que impuso las dictaduras de los años setenta en el Cono Sur?

Silvia sonrió satisfecha.

—¡Sí! Y ganó un Premio Nobel de la Paz por haber firmado una tregua con Vietnam en medio de la guerra. La tregua duró tres semanas, el vietnamita devolvió la plata del premio. Kissinger no.

Minutos más tarde estaban sentados en el bar, esperando que les preguntasen qué querían beber. Desde la terraza abierta al Mediterráneo llegaban violines desafinados, una voz fatigada entonando en italiano *«nel silenzio ascolterò / questo tango che in una notte profumata / il mio cuore ad un altro cuore incatenò»*. Emociones vetustas, residuos de 1930.

—¿No te dan ganas de matarlo?

Silvia habló como pensando en voz alta, sin esperar respuesta. Alejandro se sintió invitado a jugar.

—¿Aquí?

—Nunca lo tendremos tan cerca. Aunque no debe desplazarse sin guardaespaldas.

—Tal vez los guardaespaldas no lo sigan cuando va al baño...

Silvia asintió.

—Pero con qué armas... No te veo manos de estrangulador...

Alejandro se miró las manos sin hacer comentario.

—Una mujer tiene recursos, aunque no pueda seguirlo al baño.

Abrió la cartera. Buscaba algo que no encontró.

—Quitaesmalte. Tiene acetona. Se lo echás a los ojos y queda ciego, por lo menos unos minutos.

—Sí, pero puede gritar y los guardaespaldas, esperándolo del otro lado de la puerta, entrarían a ayudarlo. A mí no sé qué podrían hacerme sin crear un escándalo en este piringundín.

Le tuvo que explicar a Silvia el sentido de la palabra, arqueológica para él mismo. Se rieron y en ese momento vieron entrar al «cerdo viejo». Pasó al lado de ellos y registró la mirada curiosa de la pareja. Con cortesía diplomática, supuso que podían ser conocidos no recordados. Les respondió con una sonrisa y una inclinación de cabeza.

Una escena de comedia, conservada como un molusco prehistórico en un trozo de ámbar rescatado del Báltico.

Una escena patética, adultos infantiloides jugueteando con una pulsión de violencia. Pasarían años antes de que ese deseo reapareciese y Alejandro pudiese realizarlo.

No recordaba, en cambio, circunstancias y fechas en que Silvia y él empezaron a distanciarse. Nunca la extrañó. Si de vez en cuando la recordaba, era con afecto y una sonrisa. La suponía en Barcelona, ciudad sensible a su humor. En algún momento se enteró de su muerte temprana, lejos de la juventud aventurera: ocurrió a pocos kilómetros de Buenos Aires, en Hurlingham, «la cuna del rock argentino», en una incongruente residencia geriátrica de monjas clarisas. Qué reveses de fortuna, qué inesperada vocación la habían llevado a terminar allí, nunca pudo saberlo. (Intuyó, sin embargo, una simetría cruel: Silvia había estudiado en un colegio de monjas entusiastas de la teología de la liberación. Esta obediencia, ignorada por las familias de clase alta que les confiaban sus hijas, dejó huella en más de una generación, «niñas bien» que adoptaron las consignas de la militancia. Silvia, protegida por su frivolidad, sobrevivió; muchas de sus compañeras no.)

Cada vez que se enteraba de la muerte de alguien que había ocupado un lugar, aun ocasional, en su vida, Alejandro respiraba con renovada fruición.

El *memento mori* de quienes lo iban precediendo hacía más valiosos sus días.

No le importaba la polución del aire en Buenos Aires, lugar elegido para esperar el fin. Tal vez podría volver a Jujuy, a la Cuesta de Lipán, y detenerse en el camino a Salinas Grandes, en el Alto del Moreno, para respirar eufórico, a 4.200 metros de altura, un aire que lo transportaba más lejos que cualquier sustancia química.

Y allí quedarse sentado observando cómo la última luz del día moría detrás de los cerros.

Buenos Aires, diciembre de 2020

Cielo sucio
Edgardo Cozarinsky

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Fotografía de la portada: © xijian / Getty Images

© Edgardo Cozarinsky, 2022. Edición autorizada por Tusquets Editores (Argentina)

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2023

ISBN: 978-84-1107-239-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!